

La restructuración de la teoría social y política

Richard J. Bernstein

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Título original:

The Restructuring of Social and Political
Theory, 1976

México, 1982

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

I. LA TEORÍA EMPÍRICA

Uno de los supuestos de la vida intelectual de nuestro país es que debe haber entre nosotros algunos hombres a quienes consideremos filósofos políticos. Filósofos profesionales, sensibles al cambio filosófico, deberán ocuparse de las relaciones políticas y sociales en el nivel de generalidad más amplio posible... Durante trescientos años de nuestra historia ha habido tales hombres que escriben en inglés, desde principios del siglo XVII hasta el siglo XX, desde Hobbes hasta Bosanquet. Parecería que, ahora no los tenemos ya. La tradición se ha roto y nuestro supuesto ya no es válido, a menos que pensemos que la tradición está a punto de revivir. Por ahora, de todos modos, la filosofía política está muerta.

Peter Laslett, 1956¹

Todo el conocimiento científico maduro es teórico. Evidentemente, esto no significa que los hechos no importen... Los hechos deben ordenarse en alguna forma para que podamos advertir sus conexiones. Cuanto mayor sea el nivel de generalidad del ordenamiento de tales hechos, mayor será el alcance de la explicación y el entendimiento...

Es claro que si la politología pudiera llegar a tal teoría general, nos daría un entendimiento profundo y extenso de la vida política. En consecuencia, no hay necesidad de indicar que tal teoría sería conveniente a causas de utilidad. Lo único que no es evidente es que la formulación de tal teoría es un paso posible y necesario en el camino que conduce al conocimiento confiable y perceptivo acerca de la política.

En los horizontes de la investigación política que ahora se realiza en los Estados Unidos, no puede verse tal teoría.

David Easton, 1953²

Entre los numerosos motivos que impulsaron la llamada “revolución conductista” en la politología, dos preocupaciones grandes y potentes han desempeñado un papel importante. Ambas han persuadido a los politólogos a alejarse de la enseñanza tradicional de la politología, y ambas han persuadido a los practicantes de la nueva politología de que su nueva ciencia habría de ser una más de las ciencias naturales ... La primera preocupación fue el temor de lo que llamó David Easton, en *The Political System*, el “hiperfactismo”. Los politólogos se habían vuelto muy a menudo meros compiladores de hechos referentes a los sistemas políticos, sobre todo hechos referentes a las minucias de las constituciones. Nadie negaba la importancia de los hechos; en efecto, se admitía ampliamente que una politología desarrollada demandaría mucha más información fáctica de la que ahora poseemos. Pero se reconocía que las ciencias físicas desarrolladas y prestigiosas distaban mucho de ser compilaciones de hechos; y se advirtió que, en sí mismo, el apego a los hechos resultaba enteramente inadecuado para generar algo que pudiera aspirar al nombre de *ciencia* política. La cura del “hiperfactismo” habría de ser la creación de un cuerpo teórico organizado, porque sólo la teoría nos permite clasificar y evaluar la importancia de los datos fácticos adquiridos por el experimento y la observación. Pero tal teoría atenuaría también la segunda preocupación: el temor de que se tomara a los politólogos por ideólogos políticos. Porque tal teoría habría de ser enteramente diferente de la teoría política “tradicional”: habría de ser empírica y, descriptiva no moral y prescriptiva. La meta era la creación de un cuerpo de teoría científica debidamente validada, no la producción de ideología.

Alan Ryan, 1972³

La influencia positivista

Estas páginas reflejan la opinión prevaleciente durante, los años cincuenta acerca del estado de la filosofía política y, la politología. También proveen una perspectiva para la exploración de, la naturaleza y la importancia de la teoría empírica en las ciencias sociales. Aunque se refieren a la filosofía política y, la politología, podríamos citar- pasajes similares que reflejan las mismas actitudes intelectuales en todo el campo de las Ciencias sociales. Ha sido diferente el ritmo del desarrollo. pero todas las ciencias sociales han experimentado durante el siglo XX una declinación de la reflexión especulativa y filosófica, y un aumento del optimismo acerca de los resultados que podrían esperarse en cuanto se lograra un firme fundamento científico y empírico.

La declaración de. Laslett en el sentido de, que “Por ahora. de todos modos, la filosofía política está muerta”, resultaba provocativa pero parecía ser la pura verdad. No podríamos citar un solo filósofo contemporáneo cuyo pensamiento político y social mostrara la amplitud de Hobbes, Locke, Bentham, o los

¹ *Philosophy, Politics and Society* (primera serie). Comp. Peter Laslett. p. vii

² David Easton, *The Political System*, p.4.

³ Alan Ryan, “Normal Science or Political Ideology?”, *Philosophy, Politics and Society* (cuarta serie), p. 86.

Mills. Ningún contemporáneo desplegaba el poder, el alcance y la profundidad de Montesquieu, Rousseau, Hegel o Marx. Laslett tenía razón: la gran tradición se había roto, aunque sugiriera débilmente que podría revivir.

Pero esto no ocurría por razones superficiales ni por falta de genio creativo. El rompimiento de la tradición parecía ser la consecuencia inevitable de actitudes intelectuales profundamente arraigadas y prevalecientes en la vida cultural anglosajona. Pocos pensadores anglosajones han sido positivistas en el sentido estricto de Comte o del Círculo de Viena, pero el temperamento positivista ha ejercido una influencia profunda sobre ellos. Básicamente, el temperamento positivista sólo reconoce dos modelos del conocimiento legítimo: las ciencias empíricas o naturales y las disciplinas formales tales como la lógica y las matemáticas. Todo lo que no pueda reducirse a esto, o que no pueda satisfacer los criterios severos establecidos por estas disciplinas, debe verse con suspicacia. Existe la tarea del análisis, el trabajo de aclarar las características distintivas de estos modelos, pero el análisis mismo es una disciplina de segundo orden, un parásito que vive del primer orden, el de las ciencias empíricas y formales.

Pocos científicos sociales están dispuestos a sugerir que el estudio de la filosofía política y social no tiene ningún valor. Tal estudio histórico podría ampliar nuestra perspectiva, sugerir hipótesis empíricas para su verificación, y ocasionalmente revelar observaciones agudas que puedan rescatarse. Pero el problema de estos grandes sistemas filosóficos es su tendencia a confundir el hecho con el valor, los juicios descriptivos con los prescriptivos. Cualquiera que pueda ser el valor de tal estudio, estos sistemas tradicionales no se prestan a una formulación sistemática, rigurosa, que permita su verificación empírica.

Los científicos sociales ortodoxos llegaron a contemplar la historia de sus propias disciplinas con las lentes del positivismo. Algunos optaron por la teoría de la “separación” en cuyos términos podía compararse lo que estaba ocurriendo en el siglo XX con lo que había ocurrido en los siglos XVI y XVII, cuando se separaron las ciencias naturales y físicas de la antigua tradición de la filosofía natural. Las consecuencias potenciales de esta nueva era científica de las ciencias humanas no serían menos importantes que las ocurridas ya en las ciencias físicas. Otros se inclinaron por la teoría de la “continuidad”, que consideraba el nuevo enfoque científico como la realización de la promesa latente de la tradición iniciada por Platón y Aristóteles. Ambas versiones consideran que la historia de la vida intelectual pasa por la edad oscura de la especulación teológica, metafísica y filosófica, y emerge en el triunfo de las ciencias positivas.

El entendimiento que tenían los científicos sociales de sus propias disciplinas se reforzaba por lo que estaba ocurriendo en la filosofía. Una vez afianzado el trío de los primeros positivistas lógicos –lo analítico, lo sintético, o lo carente de sentido–, no había un lugar legítimo para la filosofía social y política. Había necesidad de dismantelar ese grandioso edificio: separarlo en sus componentes empíricos (sintéticos) y definitorios (analíticos) adecuados. Las actitudes acerca de los aspectos normativos de tales disciplinas variaban desde la postura más extrema y agresiva, de que todo ese discurso carece de sentido o es a lo sumo emotivo, hasta la concepción menos extrema de que el análisis filosófico puede aclarar por lo menos los usos de los términos y discursos normativos. La ética debía ser desplazada por la metaética. El filósofo debe elucidar el discurso ético, no hacer pronunciamientos normativos. Lo mismo ocurriría, presumiblemente, con el discurso normativo apropiado para la vida social y política. Digo “presumiblemente” porque, si bien es cierto que se dedicó gran energía intelectual al estudio de la metaética, casi no había ningún interés serio en las cuestiones sociales y políticas entre los filósofos influidos por el positivismo lógico y el empirismo lógico. Compartían estos filósofos la creencia prevaleciente a la sazón en el sentido de que, una vez aclarados los problemas realmente difíciles de la epistemología y la ética, podrían aplicarse estos resultados a otros problemas.

La situación no cambió al principio ni siquiera con la revolución del “lenguaje ordinario” ocurrida dentro de la filosofía analítica. En la primera oleada del movimiento del lenguaje ordinario hubo ataques severos contra el cientificismo excesivo del positivismo ortodoxo y una sensibilidad creciente ante la complejidad, diversidad e inconvertibilidad de diferentes formas del lenguaje, así como un entendimiento nuevo del análisis filosófico. Ahora podríamos afirmar que el discurso moral –o el discurso normativo, en términos más generales– no era defectuoso porque dejara de satisfacer los cánones del discurso científico. El discurso moral exhibe su propia estructura, su propia gramática y sus propias reglas. El filósofo debe elucidar y explorar este discurso y aclarar los matices sutiles de los términos morales. Pero los filósofos del lenguaje ordinario compartían con sus oponentes más inclinados hacia el positivismo la convicción de que la tarea filosófica adecuada es la elucidación del discurso moral, no la formulación de aseveraciones normativas disfrazadas ni la justificación especiosa. También aquí se consideraba la filosofía como una disciplina de segundo orden, aunque extremadamente importante.

En suma, se había roto la tradición de la filosofía política y social porque los desarrollos más refinados y rigurosos de la filosofía anglosajona habían demostrado supuestamente que no hay, ni podría

haber. Ninguna disciplina racional de esa clase que genere un conocimiento genuino. Por supuesto, los científicos sociales ortodoxos no lamentaron la desaparición o separación de esta tradición. Por el contrario, la falta de desarrollo científico de sus propios campos se atribuyó con frecuencia al influjo inhibitorio de esta tradición y a las confusiones conceptuales que alimentaba acerca de la distinción categórica existente entre la teoría empírica y la teoría normativa.

En su *Crítica de la razón pura*, Kant había descrito con perspicacia la forma en que las matemáticas y las ciencias naturales habían experimentado revoluciones conceptuales que las transformaron en ciencias genuinas. Una vez ocurrida esta revolución, las ciencias naturales exhibieron las características de las disciplinas que maduran progresivamente e involucran el crecimiento del conocimiento humano. Los científicos sociales ortodoxos creen que ha venido ocurriendo, durante el siglo XX, una revolución análoga en el estudio científico de los individuos en todas sus complejas relaciones humanas. Clark Hull expresó en 1943 este sentimiento colectivo de lo que estaba ocurriendo, y este optimismo acerca del desarrollo futuro de las ciencias sociales o conductistas:

... hay razones para esperar que en los próximos cien años se observe un desarrollo sin precedentes en este campo. Una razón para el optimismo a este respecto se encuentra en la tendencia creciente, por lo menos entre los norteamericanos, a considerar las ciencias “sociales” o conductistas como ciencias naturales genuinas y no como *Geisteswissenschaft*. Estrechamente unida a esta tendencia se encuentra la práctica creciente de excluir las consideraciones lógicas, folklóricas y antropomórficas de la lista de factores explicativos que presumiblemente son ante todo conductistas. Enteramente congruente con estas tendencias es el creciente reconocimiento de la conveniencia, en las ciencias de la conducta, de una formulación explícita y exacta, con verificación empírica en cada punto. Si estas tres tendencias siguen aumentando, como parece probable, hay buenas razones para esperar que las ciencias de la conducta experimenten pronto un desarrollo comparable al manifestado por las ciencias físicas en la época de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton.⁴

A medida que los científicos sociales confiaban cada vez más en la posición científica de su propia disciplina, sentían la necesidad de aclarar sus aspectos lógicos y epistemológicos, sobre todo en los sentidos en que pudiera compararse significativamente con las ciencias naturales bien establecidas. Ryan se refiere al temor del “hiperfactismo”, pero otras influencias instaban también a una elucidación de la posición científica de la teoría empírica. Los científicos sociales practicantes se preocuparon por la confusión interna existente en sus propios campos. Y a medida que los filósofos de la ciencia entendían mejor las características primordiales de las ciencias naturales y el papel preciso que desempeña en ellas la teoría, ejercían una influencia poderosa sobre los científicos sociales de metodología refinada.

La posición ortodoxa: Robert Merton

Una de las mejores presentaciones contemporáneas breves de la posición científica de las disciplinas sociales aparece en el libro de Robert Merton *Social Theory and Social Structure*⁵ [hay, ed. esp. del FCE, 1980]. En virtud de que Merton es un teórico social que ha contribuido considerablemente a la investigación sociológica y revela un conocimiento detallado del alcance de las ciencias sociales una conciencia histórica de su desarrollo, su presentación de la teoría constituye un excelente punto de partida para una investigación de la teoría empírica. Merton ha sido siempre un intelectual moderado, y, durante los años cincuenta su concepción de las “teorías de alcance intermedio” sirvió como un credo que podían adoptar tranquilamente muchos científicos sociales diversos.

Merton afronta el desafío de la explicación del desarrollo inmaduro de las ciencias sociales por comparación con las ciencias naturales. Sostiene que la comparación del estado actual de las ciencias sociales, en particular el de la sociología, con el de la física contemporánea, no es sólo un error, sino que

⁴ Clark L. Hull. *Principles of Behaviour*, p. 400.

⁵ *Social Theory and Social Structure* ha aparecido en tres ediciones y numerosas impresiones. Se publicó por primera vez en 1949, se revisó en 1957, y apareció de nuevo revisada y ampliada en 1968. Muchos de los pasajes citados en mi texto han sido tomados de la Introducción a la primera edición, donde Merton propuso la necesidad de “teorías de alcance intermedio”. Esta Introducción aparece también en la edición de 1957. Sin embargo, en la edición aumentada de 1968, Merton amplió y revisó su introducción original en dos capítulos completos. En estos capítulos nuevos Merton defiende su concepción de las teorías de alcance intermedio contra muchas de las críticas que se habían formulado durante los veinte años transcurridos, y también presenta una descripción más completa de la posición científica de la sociología que toma en cuenta el trabajo aparecido recientemente sobre la historia de la filosofía de la ciencia. A menos que se diga otra cosa, todas las referencias a las páginas de Merton corresponden a la primera edición de *Social Theory and Social Structure*.

tiende a ser un “masoquismo errado”. El entendimiento de la historia de la ciencia puede infundir a la vez humildad y una sensación de liberación, sobre todo para los optimistas que piensan que la teoría social puede lograr grandes resultados de una plumada. Este optimismo ingenuo ignora la forma en que varios siglos de investigación allanaron el terreno para los grandes avances de la ciencia física. Es un error suponer que “*todos los productos culturales existentes en un momento dado de la historia deben tener el mismo grado de madurez intelectual*” (p. 6), “Es posible que la sociología no esté lista aún para su Einstein porque no ha encontrado aún su Kepler. Aun el incomparable Newton reconoció en su momento la contribución indispensable de la investigación acumulada, afirmando: ‘Si he visto más allá, es porque me he parado sobre los hombros de gigantes’” (p. 7).⁶

La moraleja que debe extraerse es que si hemos de comparar la sociología con las ciencias físicas, resultará más ilustradora la comparación del estado actual de la sociología con el estado de las ciencias físicas en su nacimiento. “Entre la física del siglo XX y la sociología del siglo XX se interponen miles de millones de horas-hombre de investigación sostenida, disciplinada y acumulada” (pp. 6-7).

Aunque subraya Merton la disparidad del desarrollo de las ciencias sociales y las ciencias físicas, no duda de la posibilidad de llevar a las ciencias sociales al mismo tipo de madurez científica. Como Hull, está seguro de que puede haber un Kepler, un Newton o un Einstein de las ciencias sociales. Su defensa de las teorías de alcance intermedio trata de ser una estrategia sensata para el presente a fin de aproximarse a esa meta. Merton es plenamente consciente de que gran parte de la investigación de la ciencia social ha fluctuado entre los extremos violentos del “empirismo abstracto” y la “gran teoría”: los extremos que C. Wright Mills caricaturizara en forma brillante y, criticara en forma devastadora.⁷

Pero para poder clasificar adecuadamente las teorías de alcance intermedio debemos entender con mayor claridad la orientación teórica de las ciencias sociales. La descripción de actividades que hace Merton, que con frecuencia se confunde con la teoría propiamente dicha, no sólo resulta muy útil como medio de prevención, sino también para la localización de las funciones específicas de la teoría.

No debe entenderse la teoría como un conjunto de “*orientaciones generales hacia los datos, sugerentes de los tipos de variables que de algún modo deben tomarse en cuenta, y no de pronunciamientos verificables de relaciones existentes entre variables especificadas*”, aunque esto constituye “una gran parte de lo que ahora se llama la teoría sociológica” (p. 9). Según Merton, esto es poco satisfactorio porque resulta demasiado amorfo. La teoría no consiste en “puntos de vista” o “enfoques”. La teoría que produce teoremas claros debe consistir por lo menos en “claros pronunciamientos verificables de las relaciones existentes entre variables especificadas”.

No debe confundirse la teoría con la metodología. Por supuesto, los científicos sociales deben poseer un refinamiento metodológico. Deben saber utilizar las técnicas estadísticas y otras técnicas cuantitativas, y diseñar experimentos; deben entender la naturaleza de las inferencias y los requerimientos de un sistema teórico. “Pero tal conocimiento no contiene ni implica el *contenido* particular de la teoría sociológica” (p. 84). Una de las curiosidades de las ciencias sociales –al revés de lo que ocurre en las ciencias naturales– es el hecho de que la metodología se ha convertido en un subcampo que cuenta con sus propios especialistas profesionales. La preocupación excesiva por la metodología se ha convertido a menudo en una desviación de la tarea de la construcción de sistemas teóricos sustantivos. Merton comparte la opinión de muchos científicos practicantes en el sentido de que las discusiones metodológicas tienen con frecuencia mejores frutos cuando surgen en relación con problemas de investigación sustantiva específicos.⁸

Tampoco debe confundirse la teoría con el “análisis de los conceptos sociológicos” tales como la posición, el papel, la *Gemeinschaft*, la interacción social, la distancia social, la *anomie*, etcétera. La teorización sociológica no puede realizarse sin el análisis de conceptos centrales que pueden intervenir en un sistema teórico. Pero un análisis misceláneo de tales conceptos, que ha preocupado a tantos teóricos sociales, no genera un sistema teórico ni equivale a tal sistema, integrado por proposiciones lógicamente integradas que tienen consecuencias empíricas.

Nos aproximamos a una de las principales confusiones acerca de la teoría cuando tomamos erradamente las “interpretaciones sociológicas *post factum*” (p. 90) por la teoría propiamente dicha. Con

⁶ En la edición de 1968 de *Social Theory and Social Structure*, Merton extiende su lista de científicos naturales para quienes no hay todavía equivalentes en las ciencias sociales. “Es posible que la sociología no esté lista aún para su Einstein porque todavía no encuentra su Kepler, ya no digamos su Newton, Laplace, Gibbs, Maxwell o Planck” (p. 47).

⁷ C. Wright Mills, *The Sociological Imagination* (hay ed. esp. Del FCE, 1974) especialmente los capítulos 2 y 3.

⁸ Karl Popper subraya este punto en *The Poverty of Historicism*: “Los debates más fructíferos sobre el método están inspirados siempre por ciertos problemas prácticos que encara el investigador; y casi todos los debates sobre el método que no tienen tal inspiración se caracterizan por esa atmósfera de sutileza inútil que ha desprestigiado a la metodología entre los investigadores prácticos” (p. 57).

frecuencia se ofrecen tales interpretaciones para explicar las observaciones. Un teórico social confronta diversos datos, y ve que este material “tiene sentido” o “encaja” con una interpretación dada. Pero la falacia lógica que se encuentra detrás de las interpretaciones *post factum* es la existencia de diversas hipótesis rudimentarias que en alguna medida se ven confirmadas o verificadas por los “hechos” pero que tratan de explicar estados de cosas opuestos y contradictorios. Las interpretaciones y explicaciones *post factum* son con frecuencia tan flexibles, vagas o abiertas, que pueden “explicar” casi cualesquier datos. Merton está alerta a una observación subrayada por Peirce y reiterada en nuestra propia época por Karl Popper: las teorías científicas deben ser refutables e invalidables, y no simplemente verificadas o confirmadas.

Algunos científicos sociales han pensado que la función propia de la teoría es la formulación de generalizaciones empíricas bien fundadas. Las generalizaciones empíricas constituyen una condición necesaria para el establecimiento de sistemas teóricos, pero no son suficientes. Aquí podemos ver con gran claridad lo que entiende Ryan por la ansiedad del “hiperfactismo”, o lo que C. Wright Mills llamó “empirismo abstraído”. Un mito primitivo, que ha afectado profundamente la investigación de las ciencias sociales, es la creencia de que la verdadera función de la ciencia es la recolección de datos y la formulación de generalizaciones empíricas basadas en ellos. En el siglo XX se han vuelto considerablemente más refinadas nuestras técnicas para la recolección de datos. Ahora tenemos bancos e institutos de datos cuya tarea principal es la refinación de las técnicas de recolección de datos. También se cree con frecuencia que, si recolectamos suficientes datos y descubrimos correlaciones entre ellos, podremos llegar a esas generalizaciones empíricas superiores que constituyen la ciencia genuina. Aun quienes son vagamente conscientes de que la ciencia es algo más que la recolección de datos y la formulación de generalizaciones empíricas basadas en tales datos, están convencidos de que éste es el procedimiento adecuado para allanar el terreno a las teorías más avanzadas. Éste es un “mito primitivo,” porque es completamente falaz, a pesar de que se comparte ampliamente y se afirma con frecuencia que Bacon y Mill lo aceptaron y propalaron. Sería difícil nombrar un solo filósofo que alguna vez haya mantenido una concepción tan simplista de la naturaleza de la ciencia, y por supuesto no se puede afirmar tal cosa de Bacon o Mill. Además, a pesar del desacuerdo amplio y a veces profundo que existe entre los filósofos contemporáneos acerca de la naturaleza y el papel de la teoría en las ciencias hay, un consenso racional acerca de que la teoría no consiste simplemente en generalizaciones empíricas basadas en la recolección o la observación de los hechos.

Esta observación será extremadamente importante cuando consideremos algunos de los desafíos a la concepción de las ciencias sociales como ciencias naturales genuinas. Muchos científicos sociales partidarios del empirismo ingenuo están convencidos de que estos desafíos son especiosos o “carecen de fundamento”. Estos científicos se muestran incrédulos cuando sus oponentes afirman que es imposible o errada la colección de datos, la búsqueda de correlaciones y la formulación de generalizaciones empíricas verificables sugeridas por los datos. Están convencidos de que esto no sólo *puede* hacerse sino que se está haciendo en la mejor investigación empírica. En virtud de que consideran tal actividad como la quintaesencia de la exploración científica, no pueden entender lo que sus oponentes encuentran tan objetable. Y preguntan: ¿cómo podemos cuestionar siquiera la posibilidad o la importancia de una ciencia social que emplea técnicas de investigación metodológicamente correctas? Pero más adelante veremos que la cuestión primordial no es la posibilidad de recolectar e interpretar datos, sino la significación de esta empresa y las inferencias que podamos obtener de ella.

Merton asegura que la literatura sociológica abunda en generalizaciones empíricas: “proposiciones aisladas que resumen uniformidades observadas en las relaciones existentes entre dos o más variables” (p. 92). Pero “una miscelánea de tales proposiciones sólo provee la materia prima de la disciplina sociológica. La tarea teórica, y la orientación de la investigación empírica hacia la teoría, se inicia cuando se establece tentativamente la influencia de tales uniformidades sobre un conjunto de proposiciones interrelacionadas” (p. 92).

Habiendo distinguido diversas actividades que se confunden con la teoría, Merton se dispone a explicar lo que es la teoría sistemática, no sólo para la sociología sino para las ciencias sociales en general. Primero subraya que las generalizaciones apropiadas para la teoría sistemática difieren significativamente de las generalizaciones empíricas misceláneas, basadas en la observación de variables específicas. “El segundo tipo de generalización sociológica, la llamada ‘ley científica’, difiere de lo anterior por cuanto es una aseveración de la invariación *derivable* de una teoría” (p. 92). Como la mayoría de los científicos sociales, Merton está dispuesto a conceder que no han abundado hasta ahora los buenos ejemplos de tales leyes, aunque cree que “no faltan por entero” las aproximaciones de este segundo tipo de generalización sociológica (1). 92). “Es probable que la escasez de tales leyes en el campo sociológico refleje la bifurcación prevaleciente entre la teoría y, la investigación empírica. A pesar de los numerosos volúmenes que se ocupan de la historia de- la teoría sociológica, y a pesar de la abundancia de investigaciones empíricas, los

sociólogos (incluyendo al autor de este libro) pueden discutir los criterios lógicos de las leyes sociológicas sin citar un solo ejemplo que satisfaga plenamente tales criterios” (p. 92). Esta admisión parece casi una retirada de los defensores de la calidad científica de las disciplinas sociales, especialmente de quienes están convencidos de que el papel de la teoría y la explicación científica es esencialmente el mismo en las ciencias naturales y en las ciencias sociales. Sin embargo, Merton ofrece un ejemplo de lo que quiere decir. Conviene considerar si; ejemplo en detalle, porque muchas de las observaciones que Merton quiere subrayar acerca de la teoría sistemática, la explicación científica y el papel de las leyes científicas, pueden entenderse claramente por referencia a tal ejemplo, o sea una “reformulación” de la explicación que da Durkheim a la diferencia de las tasas de suicidio existentes entre católicos y protestantes.⁹

“Se ha establecido desde hace largo tiempo, como una uniformidad estadística, que en diversas poblaciones tienen los católicos una tasa de suicidio menor que los protestantes” (p. 92). En la medida en que se formule cuidadosamente tal afirmación, mientras permanecen constantes otros factores, sólo tendremos una generalización empírica, que no pretende enunciar una invariación. El problema consiste en ofrecer una explicación teórica de esta regularidad. Reiterando los supuestos teóricos de Durkheim de manera formal, Merton ofrece la descripción siguiente del análisis de Durkheim:

1. La cohesión social provee apoyo psicológico para el agrupamiento de los miembros sujetos a agudas tensiones y ansiedades.
2. Las tasas de suicidio dependen de las ansiedades y, tensiones *no mitigadas* a las que se encuentran sujetas las personas.
3. Los católicos tienen una cohesión social mayor que los protestantes.
4. Por lo tanto, son de esperarse tasas de suicidio menores entre los católicos que entre los protestantes (p. 93).

En el contexto de su discusión, Merton no se preocupa por justificar que ésta sea una reconstrucción adecuada de, Durkheim. Tampoco defiende la verdad de las premisas pertinentes, ni analiza conceptos tan cruciales y elusivos como el “apoyo psicológico” o las “ansiedades y tensiones *no mitigadas*”. Sólo quiere comentar algunas de las características formales de este paradigma del análisis teórico.

Primero, observa Merton, el alcance del hallazgo empírico original se ve considerablemente ampliado por tal análisis, porque la generalización se conceptúa en abstracciones de un orden más alto: “Catolicismo-cohesión social-ansiedades mitigadas-tasa de suicidio” (p. 93). La ventaja de este paso a la mayor abstracción es que ya no vemos la uniformidad como algo aislado, sino como una relación “entre grupos poseedores de ciertos atributos conceptuados (la cohesión social) y el comportamiento” (p. 93).

Segundo, este tipo de análisis explica y establece a la vez la pertinencia teórica de la uniformidad al derivarla de un conjunto de proposiciones interrelacionadas” (p. 93). En consecuencia provee una acumulación de la teoría y los hallazgos de la investigación. “Las uniformidades de las diferencias existentes en la tasa de suicidio añaden confirmación al conjunto de proposiciones del que han sido derivadas junto con otras uniformidades. Ésta es una de las funciones principales de la *teoría sistemática*” (p. 93).

Tercero, la formulación anterior nos permite extraer diversas consecuencias verificar la adecuación del análisis teórico y explicar otras regularidades aparentemente no relacionadas. Por ejemplo, la premisa inicial acerca de la cohesión social nos permite investigar otros fenómenos, distintos del suicidio, como factores que influyen en el derrumbe de la “cohesión social”: fenómenos tales como el comportamiento obsesivo o la preocupación morbosa.

Cuarto, la teoría introduce un campo para el pronóstico. Por ejemplo, si las medidas independientes revelan una disminución de la cohesión social entre los católicos, el teórico podría pronosticar (si se

⁹ Una dificultad que aparece con frecuencia en la literatura de las ciencias sociales es la disparidad existente entre los enunciados generales acerca de la naturaleza de las teorías, la explicación científica, las leyes, etcétera, y los ejemplos citados para ilustrar estos puntos. Merton no es menos culpable de esto que muchos de sus colegas menos refinados. En virtud de que en este contexto me interesa elucidar la postura de Merton sobre la naturaleza y la función de la teoría en las ciencias sociales, pasaré por alto muchas de las interrogantes que podrían plantearse acerca de la adecuación de la “reformulación” de Durkheim a manos de Merton. Las investigaciones recientes ponen en tela de juicio la corrección histórica y empírica de la reconstrucción lógica de Merton. Véase a Steven Lukes, *Emile Durkheim: His Life and Work*, capítulo 9. Dominick La Capra, *Emile Durkheim: Sociologist and Philosopher*, capítulo 4; Jack Douglas, “The Sociological Analysis of Social Meanings of Suicide”, *Archives européennes de sociologie*, 7 (1966); y Hannan C. Selvin, “Durkheim’s Suicide and Problems of Empirical Research”. *American Journal of Sociology*, 62 (1958).

mantienen constantes otras variables) una tendencia hacia el incremento de las tasas de suicidio de este grupo.

Quinto, las funciones anteriores de la teoría sugieren otra característica de las teorías que, según Merton.. “no se aplica totalmente a la formulación de Durkheim” (p. 94). Para que una teoría sea productiva, debe ser suficientemente *precisa y determinada*. “La precisión es un elemento integral de criterio de la *verificabilidad*” (p. 94). Merton nos previene sensatamente de que, en esta etapa de la sociología, el grado de precisión determinación de una teoría es una cuestión de buen juicio. La presión hacia la precisión excesiva en las ciencias sociales puede generar una actividad improductiva. Por otra parte, sin embargo, un teórico debe esforzarse por alcanzar por lo menos cierto grado de precisión, para que las teorías puedan verificarse y refutarse en forma empírica.

La reformulación que hace Merton del análisis teórico de Durkheim, y las varias observaciones que subraya, sólo pretenden ser Ilustraciones. En esta etapa de mi investigación, sería poco generoso si acusara a Merton de no afrontar los numerosos problemas que surgen cuando se trata de obtener un entendimiento determinado y preciso de la teoría propiamente dicha. Pero creo que Merton se ocupa de los temas más fundamentales que han preocupado a los científicos sociales y los filósofos de las ciencias sociales cuando elucidan la naturaleza de la teoría sistemática y la explicación científica. El modelo de explicación científica teórica bosquejado por Merton es lo que se ha llamado el modelo “hipotético-deductivo”. Es “deductivo” porque la explicación –en este caso, la explicación de la regularidad empírica de las tasas de suicidio– se hace mediante una derivación no trivial. Dadas las tres primeras premisas, la conclusión obtenida es lógicamente derivable. Y si se cuestionara cualquiera de las tres premisas, presumiblemente podríamos ofrecer algunas razones para su aceptación tentativa. Es hipotético porque no se afirma que sea infalible alguna de las premisas de este esquema. Nuevas investigaciones conceptuales o empíricas podrían cuestionar, modificar, o aun destruir tales premisas.

Merton reconoce también que en la teoría sistemática hay una necesidad explícita o implícita de emplear leyes o –digamos con mayor cautela– aseveraciones semejantes a leyes. Tales leyes deben distinguirse cuidadosamente de las meras generalizaciones empíricas. Es por virtud de estas presuntas leyes – lo que han llamado los filósofos “enunciados nomológicos”– que podemos formular los enunciados empíricos contrarios que resultan tan esenciales para la explicación y el pronóstico científicos. Esto se ilustra cuando Merton nos dice que los supuestos teóricos de Durkheim nos permitirían pronosticar que, si disminuyera la cohesión social entre los católicos, sería de esperarse en este grupo (*ceteris paribus*.) una tendencia hacia el incremento de las tasas de suicidios.

Por último, Merton advierte la estrecha conexión existente entre la explicación científica, la precisión, la verificabilidad y el pronóstico. Una teoría científica bien formulada es aquella que explica mostrando la forma en que los fenómenos y las regularidades empíricas pueden derivarse de supuestos teóricos y de condiciones iniciales adecuadas. Pero tal teoría debe enunciarse con precisión suficiente para ser verificable. De otro modo, no podríamos distinguirla de una explicación *post factum*, porque estas explicaciones pseudocientíficas pueden satisfacer también el criterio de la derivabilidad.

El bosquejo anterior de la teoría sociológica propiamente dicha –un bosquejo que trata de captar las características esenciales de la teoría sistemática en cualquiera de las ciencias sociales– ayuda a situar la recomendación estratégica específica que hace Merton acerca de la necesidad de teorías de alcance intermedio. Por una parte, Merton se opone a los empiristas que creen que podemos prescindir de la teoría. En todos sus escritos sostiene Merton que tal actitud es estrecha, improductiva, y en última instancia anticientífica. En el mejor de los casos, tal empirismo ingenuo conduce a la recolección de datos sin ninguna dirección y a la acumulación caótica de generalizaciones empíricas misceláneas. Esto no es lo que persigue la ciencia, y ciertamente no es la clave del éxito de las ciencias naturales. La investigación empírica sin teoría es ciega, así como la teoría sin investigación empírica está vacía. También debemos ser modestos y realistas en nuestras aspiraciones. Sólo mediante la lenta construcción y verificación de teorías de alcance intermedio –“teorías intermedias entre las hipótesis de trabajos menores que surgen abundantemente durante las rutinas cotidianas de la investigación y las especulaciones inclusivas que abarcan un esquema conceptual maestro de donde se espera obtener un número muy grande de uniformidades empíricamente observadas en el comportamiento social” (p. 5)– podremos incrementar la tradición acumulada de la investigación científica. A medida que se verifican nuestras teorías más modestas y se examinan sus consecuencias –a medida que aprendemos del progreso de las ciencias físicas– descubriremos esquemas teóricos más comprensivos en los, que puedan integrarse las teorías de alcance intermedio.

Aunque Merton es uno de los pocos científicos sociales contemporáneos interesados en la historia y la sociología de las ciencias sociales, distingue la historia de la teoría frente a la “sistemática de la teoría”. Con frecuencia –como se observa en los programas universitarios de las ciencias sociales–, lo que se llama

“teoría” es poco más que una reseña de la historia de los grandes sistemas del pasado. Hay una “confusión atractiva pero fatal de la teoría sociológica utilizable con la historia de la teoría sociológica” (P. 4).

Aunque la historia y la sistemática de la teoría sociológica deben incluirse en el adiestramiento de los sociólogos, no hay razón para fundirlas y confundirlas. La teoría sociológica sistemática ... representa la acumulación muy selectiva de las pequeñas partes de la teoría anterior que han sobrevivido hasta ahora a las pruebas de la investigación empírica. Pero la historia de la teoría incluye también la masa mucho mayor de concepciones que cayeron en pedazos cuando se enfrentaron a las pruebas empíricas. Incluye también las salidas en falso, las doctrinas arcaicas y los errores infructuosos del pasado. La familiaridad con todo esto puede ser un auxiliar útil para el adiestramiento del sociólogo, pero no sustituye el adiestramiento en el uso efectivo de la teoría en la investigación. Podemos estudiar con provecho gran parte de lo que escribieron los padres de la sociología como ejercicios de realización de la investigación intelectual, pero eso es otra cosa muy distinta (pp. 4-5).

Lo que está diciendo aquí Merton parece tan atendible y sensato que podemos pasar por alto sus implicaciones radicales. Desde luego, refleja una ortodoxia prevaleciente entre los científicos sociales. La plausibilidad de la afirmación de Merton acerca de la confusión atractiva pero fatal entre la historia de la teoría y la sistemática de la teoría supone la aceptación de la analogía existente entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. En su concepción hay muchas razones para leer los textos originales de Newton y para estudiar su época. Tendríamos un interés histórico en descubrir lo que dijo e hizo Newton. por oposición a las versiones que de sus hazañas aparecen en los libros de texto; o podríamos examinar la obra de Newton como un modelo para el entendimiento del proceso de la investigación científica. Pero el estudio del Newton histórico no es esencial ni importante para el físico que quiere investigar en su disciplina y obtener un entendimiento teórico del mundo físico.

Además, el pasaje anterior indica los criterios con los que juzga el teórico sistemático contemporáneo estos intentos “nobles” del pasado. Su interés principal es, y debe ser, “las pequeñas partes de la teoría anterior que han sobrevivido hasta ahora a las pruebas de la investigación empírica” (p. 4). A lo sumo, la familiaridad con la historia de nuestra disciplina es un auxiliar útil para la educación del sociólogo, pero no es un sustituto en el adiestramiento del uso efectivo de la teoría en la investigación. Esta actitud básica de Merton, tan ampliamente compartida, considera también que los teóricos anteriores percibieron vagamente lo que ahora vemos con claridad mucho mayor. La teoría actual –en la medida en que se formule rigurosamente y se verifique en el terreno empírico– es la medida del éxito o el fracaso de la teoría del pasado.

La concepción de Merton tiene consecuencias importantes para la educación y el adiestramiento de los científicos sociales. En este momento quiero llamar la atención del lector sobre uno de sus efectos colaterales. Dada la estructura plural de la universidad norteamericana moderna, donde han solido tolerarse los enfoques diferentes, casi todos los departamentos respetables de ciencia social tienen lugar para un “teórico”, por lo menos. Pero ello suele referirse a una persona que tiene un curioso interés de anticuario o historiador, cuya función primordial es la enseñanza de los clásicos del campo. El estudio de estos autores clásicos puede ser edificante, y útil para ampliar el adiestramiento de los científicos sociales, pero no se considera comparable con la actividad seria del adelanto de la teoría sistemática. En esta forma, una tolerancia manifiesta del estudio de la “teoría” –los, grandes esquemas teóricos del pasado– se combina con un sesgo latente en su contra.

Las reflexiones de Merton sobre la naturaleza de la teoría sistemática, y su esfuerzo por distinguirlas de otras clases de actividades comúnmente llamadas teóricas, tratan de allanar el camino para su propia obra de avance de la teoría empírica sustantiva. Afirma, Merton que “el análisis funcional es a la vez el más prometedor y quizá el menos codificado de los enfoques contemporáneos de los problemas de la interpretación sociológica (p. 21). Merton considera que su propio trabajo teórico se dirige hacia la reformulación y codificación del análisis funcional, para que satisfaga o se aproxime a los criterios establecidos para la teoría propiamente dicha. Pero antes de realizar un breve examen de la versión del funcionalismo de Merton, deseo mostrar cuán generalizada y profundamente arraigada se encontraba la idea de la teoría empírica sistemática entre los científicos sociales ortodoxos.

El pronunciamiento de Merton sirvió virtualmente como una declaración de principios adoptada por muchos sociólogos durante los años cuarenta y cincuenta, pero uno de los objetivos de su crítica era la gran teorización de Talcott Parsons que dominaba a la sazón la sociología norteamericana. El esfuerzo de Merton por distinguir la teoría propiamente dicha de las orientaciones sociológicas generales, el análisis de los conceptos sociológicos y las interpretaciones *post factum*, puede interpretarse como una crítica implícita al pensamiento de Parsons. La propuesta de las teorías de alcance intermedio por parte de Merton constituía un

desafío directo al esfuerzo de Parsons por construir una teoría sistemática comprensiva. Era de esperarse que Parsons aceptara este desafío y contestara las críticas explícitas e implícitas de Merton. En su discurso presidencial ante la Sociedad Sociológica Norteamericana, pronunciado luego de la formulación de la posición de Merton. Parsons se ocupó de esta cuestión. A su vez, Merton contestó a Parsons en la edición ampliada de 1968 de *Social Theory and Social Structure*.

El aspecto más importante de este enfrentamiento no son los puntos de diferencia sino los puntos de acuerdo. Queda claro que no hay desacuerdo esencial en lo referente a los puntos sustantivos de lo que es la teoría sistemática en la sociología y las ciencias sociales. El desacuerdo –en la medida en que lo haya– se refiere a la cuestión *estratégica* del procedimiento, que deban seguir los sociólogos interesados en el avance de la teoría. Parson, no menos que Merton, espera que una teoría general adecuada llegue a explicar los fenómenos y las regularidades mostrando cómo pueden derivarse de los supuestos teóricos; que tal teoría será suficientemente precisa y determinada para prestarse a pruebas y refutaciones empíricas: que revelará leyes sociológicas que ameriten adecuadas condiciones de negación en los hechos, así como hipótesis auxiliares aplicables; y que, por lo menos en principio, nos permitirá formular pronósticos acerca de los sistemas sociales y el cambio social.

Para mostrar el gran acuerdo existente entre “Merton y Parsons, convendrá citar la extensa nota de pie de página que escribió ‘Merton sobre este debate:

Considero importantes las observaciones formuladas por Talcott Parsons en su discurso presidencial ante la Sociedad Sociológica Norteamericana, luego de mi formulación de esta posición. Por ejemplo: “Al *final* de este camino de creciente frecuencia y especificidad de los islotes de conocimiento teórico se encuentra el estado ideal, en términos científicos, donde la mayoría de las hipótesis operativas efectivas de la investigación empírica derivan directamente de un sistema general de teoría. En un frente amplio ... sólo la física ha alcanzado este estado entre *todas* las ciencias. No podemos esperar que nos aproximemos en alguna medida a este ideal. Pero no se sigue de aquí que sean inútiles los pasos que se den en esa *dirección*, por lejos que nos encontremos de la meta. Por el contrario, *todo* paso real en esa dirección es un adelanto. Sólo en este punto *final* se funden los islotes en una masa de tierra continental.

“Así pues, la teoría general puede proveer por lo menos un amplio marco de orientación ... También puede servir para codificar, interrelacionar y proveer una gran cantidad del conocimiento empírico existente. También sirve para llamar nuestra atención sobre las brechas existentes en nuestro conocimiento, y para proveer cánones para la crítica de las teorías y las generalizaciones empíricas. Por último, aun cuando no puedan derivarse sistemáticamente, resulta indispensable para la aclaración sistemática y la formulación fecunda de hipótesis” (sin subrayado en el original).

Parsons, “The Prospects of Sociological Theory”, *American Sociological Review*, febrero de 1950, 15, pp. 3-16. en 7. Resulta significativo el hecho de que una teoría general. como la de Parsons, reconozca 1) que en efecto la teoría sociológica general provee raras veces hipótesis específicas que puedan derivarse de ella: 2) que, por comparación con un campo como el de la física, tales derivaciones son un objetivo remoto para la mayoría de las hipótesis; 3) que la teoría general sólo provee una orientación general. y 4) que sirve como una base para la codificación de las generalizaciones empíricas y las teorías específicas. En cuanto se reconoce esto, los sociólogos comprometidos al desarrollo de la teoría general no difieren significativamente, en principio, de quienes ven ahora la mejor promesa de la sociología en el desarrollo de teorías de alcance intermedio y su consolidación periódica.¹⁰

Muchos científicos sociales aceptarían que el libro de Merton, *Social Theory and Social Structure*, es una de las obras clásicas de la sociología contemporánea. Una de las razones principales de su éxito y su influencia es La presentación clara. moderada, que hace Merton del estado de la sociología como una ciencia joven pero creciente, así como su optimismo acerca de su desarrollo futuro como una actividad científica que lentamente construye y consolida sus cimientos teóricos.

La formulación de Neil Smelser

Neil Smelser publicó en 1968 una colección de ensayos, *Essays in Sociological Explanation*, con el subtítulo de ‘Presentación teórica de la sociología como una ciencia social y su aplicación a los procesos del cambio social’. Así como el estudio original de “Merton representó en su mejor expresión el entendimiento que tenían los científicos sociales ortodoxos de su propia disciplina durante los años cincuenta, los ensayos de Smelser desempeñaron una función similar durante los sesenta. En los veinte años transcurridos entre los ensayos originales de Merton y los de Smelser, había aumentado enormemente el número y la diversidad de

¹⁰ Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure* (edición ampliada de 1968), p. 52.

los estudios, no sólo en la sociología sino en todas las ciencias sociales. Se había hecho un avance importante en los “miles de millones de horas-hombre de investigación sostenida, disciplinada y acumulada” que existían en opinión de Merton entre la física del siglo XX y la sociología del siglo XX. Pero sería ingenuo pensar que durante este período se había observado sólo el progreso sostenido de la sociología como una disciplina científica. Fue durante este mismo periodo que una gran diversidad de enfoques nuevos –que van desde la obra de Erving Goffman hasta Harold Garfinkel y la nueva escuela de etnometodólogos– empezaron a influir sobre la sociología. Estos enfoques nuevos no encajan fácilmente en el marco de las teorías de alcance intermedio proyectado por Merton. Fue también en este periodo cuando amigos y enemigos estaban cuestionando los logros y los fundamentos de las ciencias sociales.

Smelser, profesor de sociología en la Universidad de California en Berkeley, se encontraba en el centro mismo de esta tormenta intelectual. Estrechamente asociado a Talcott Parsons (con quien publicó conjuntamente *Economy and Society*), Smelser había publicado ya dos obras sociológicas sustanciales e influyentes, *Social Change in the Industrial Revolution* (1959) y *Theory of Collective Behavior* (1963). Los títulos indican dos de las preocupaciones fundamentales de Smelser: el cambio social y la teoría.

Smelser se ha mostrado sensible siempre a dos acusaciones formuladas con frecuencia contra un marco parsoniano: que la teoría era tan grandiosa y abstracta que no explicaba o guiaba la investigación empírica concreta, y que la estructura teórica de Parsons no podía explicar o iluminar los procesos muy importantes del cambio social. Las propias contribuciones de Smelser a la sociología, y su conocimiento amplio e íntimo del conjunto de las ciencias sociales –incluidas la economía, la psicología y aun la historia–, lo convierten en un vocero ideal para la reformulación de una interpretación naturalista de las ciencias sociales: una interpretación que considera a las ciencias sociales como ciencias naturales “inmaduras” que contienen las semillas de un desarrollo refinado y maduro.

Smelser es consciente de las críticas que se hacen a la sociología como disciplina científica, y de los desarrollos recientes de la filosofía de la ciencia. Expresa su optimismo acerca del desarrollo futuro de las ciencias sociales con mayor cautela que Hull o Merton. Pero lo más notable es su acuerdo fundamental con Merton en cuanto a la naturaleza, la función y las perspectivas de la teoría empírica en las ciencias sociales. Está dispuesto a conceder que la sociología, en 1967, es “demasiado comprensiva, difusa, suave en el centro y nebulosa en los extremos” (P. 49).¹¹ “El escenario contemporáneo es un asombroso remiendo de campos que dista mucho del óptimo científico” (p. 53). Sin embargo, cree que puede aclararse la estructura de las varias ciencias sociales como disciplinas *científicas* y que puede avanzarse hacia el logro de una madurez mayor. Smelser examina los tipos de variables dependientes e independientes que caracterizan las diversas ciencias sociales, y los métodos de investigación que deben emplearse para especificar estas variables y descubrir correlaciones y relaciones entre ellas. Pero insiste, como Merton, en que el listado de variables dependientes e independientes “no narra toda la historia. Es necesario ... especificar las formas en que una disciplina impone un *ordenamiento lógico* a sus variables” (p. 5). Distingue Smelser explícitamente tres tipos de ordenamiento lógico: hipótesis, o “enunciados de las condiciones en que puede esperarse que varíen en ciertas formas las variables dependientes” (p. 5); modelos donde se combinan y organizan varias hipótesis en un sistema: y *teorías*, donde los modelos se incorporan en definiciones, supuestos y postulados. “Tales definiciones, supuestos y postulados constituyen el marco teórico de una disciplina, científica. Dentro de este marco ‘hacen sentido’ las hipótesis específicas. Para decirlo en términos más fuertes, las hipótesis y los modelos deben *derivarse*, con el mayor rigor posible, del marco teórico” (p. 6).

La descripción de Smelser es suficientemente general para revelar la estructura básica de cualquier disciplina científica, incluidas las ciencias físicas y las sociales. Comparte Smelser con Merton la convicción de que, en las ciencias sociales, no basta recolectar datos, proponer hipótesis recrea de la correlación de variables, o limitarnos a generalizaciones empíricas *ad hoc*. También debe haber un ordenamiento lógico, que culmine en el descubrimiento y la construcción de marcos teóricos que *expliquen* los datos y “den sentido” a nuestras hipótesis. Aunque Smelser no discute explícitamente el papel de las leyes en la explicación sociológica concede que

Yo sería el último en disputar la importancia fundamental de las leyes en la explicación sociológica, y el último en negar que estas leyes deben tener una derivación teórica, y una fundamentación empírica. Por otra parte, al estudiar un campo como el del cambio social, he descubierto una verdadera escasez de leyes y un déficit de proposiciones derivadas de la teoría, para no decir nada de las regularidades empíricas firmemente

¹¹ Neil J. Smelser, *Essays in Sociological Explanation*. A menos que se diga otra cosa, todas las referencias a las páginas de Smelser corresponden a este volumen.

establecidas. Hay una discrepancia considerable entre saber lo que debe hacerse y poseer los recursos necesarios para hacerlo.¹²

Smelser afronta también –y derrota– una objeción común contra la idea misma de una ciencia social modelada en las ciencias naturales. Se ha sostenido que la ciencia social descansa en una epistemología ingenua. Los científicos sociales suponen que hay un campo de hechos objetivos. Los hechos anotados en enunciados de observación se toman como el cimiento y la piedra de toque de todas las teorías superiores. Los críticos sostienen luego que un entendimiento más refinado de la epistemología ha demostrado concluyentemente la inadecuación de una concepción tan ingenua. Hemos aprendido que lo que llamamos hechos de observaciones están “cargados de teoría” y forjados por nuestros esquemas conceptuales. No hay hechos sin interpretación o silvestres que simplemente estén “allí”. sin verse afectados por nuestros esquemas teóricos y conceptuales.

Creo que la apreciación reciente de las formas en que los hechos y las observaciones están “cargados de teoría” tienen consecuencias importantes para el entendimiento de las disciplinas sociales, pero *no* creo que ello demuestre en forma alguna, o sugiera siquiera, la imposibilidad de la calidad científica de las disciplinas sociales. Irónicamente, la mayor parte de las controversias relativas al significado preciso y la importancia de la aseveración de que toda observación está “cargada de teoría” se han concentrado en las ciencias físicas. La clasificación de los problemas involucrados no tiene consecuencias ‘importantes para nuestro entendimiento de la ciencia, pero nadie ha sostenido que la falta de una distinción clara entre los hecho, y las teorías o entre las observaciones de las teorías, existentes en las ciencias físicas, baste para poner en tela de duda la idea misma de la ciencia física.

Smelser se ocupó de este problema.

En una forma u otra, esta distinción [entre la teoría y los hechos] es casi universalmente aceptada por los científicos sociales y de la conducta. Según esta distinción, el mundo puede dividirse en hechos empíricos (datos conductistas) dados en el “mundo real” y teoría (conceptos, construcciones, modelos) que se encuentra en el “mundo de las ideas”: y la tarea fundamental de la investigación científica es la generación sistemática de explicaciones mediante el establecimiento de alguna relación los hechos (p. 58).

Pero como señala Smelser, si bien es cierto que hay- alguna validez en esta distinción, también es demasiado simplista. Citando la descripción que hace Lawrence J. Henderson de un hecho como “una aseveración empíricamente verificable acerca de los fenómenos en términos de un esquema conceptual” (p.58), Smelser subraya la importancia de la frase “en un esquema conceptual”. No hay, ningún hecho sociológico aparte de un esquema conceptual al que se refiera. “Cuando nos referimos a los hechos o los datos de la conducta, nos referimos en efecto a un universo de enunciados cuyas reglas de organización están comúnmente arraigadas en las estructuras no examinadas del lenguaje común y el sentido común. No puede haber un hecho sin un marco conceptual” (p. 58). Pero si bien es cierto que debemos abandonar la imagen ingenua de un mundo de hechos que componen el “mundo real”, esto no quiere decir que debemos descartar la importancia de la distinción *intentada* entre los hechos y la teoría. Más bien debe reformularse esta distinción como “*una relación entre dos marcos conceptuales*”

Consiste en la comparación de las convenciones lingüísticas y conceptuales mediante las cuales organizamos fenómenos que llamamos el mundo empírico con las convenciones lingüísticas y conceptuales que utilizamos para organizar fenómenos que llamamos ideas. Si se alcanza cierta relación entre los dos marcos, juzgamos que una afirmación es “válida” o “verificada”, si se alcanza otra relación, juzgamos la afirmación “rechazada” o “en necesidad de modificación” (pp. 58-59).

Surgen muchos problemas complejos cuando nos referimos a la relación existente entre diversos marcos conceptuales: cuestiones que se encuentran en el centro de las controversias de la filosofía de la ciencia, pero de las que, no se ocupa Smelser. En esta etapa de mi investigación, sólo quiero señalar que, aunque muchos científicos sociales tienen una concepción ingenua de lo que constituyen los hechos y los datos (como ocurre con muchos científicos físicos), una interpretación naturalista de las ciencias sociales *no* se refuta demostrando que no existe una distinción tajante entre el hecho y la teoría.

¹² Neil J. Smelser, “Some Replies and Some Reflections”, *Sociological Inquiry*, 39 (primavera de 1969), p. 217.

El funcionalismo y su crítica: George Homans

Como Merton, Smelser presenta sus observaciones acerca de la calidad científica de la sociología, la naturaleza de la explicación sociológica, y especialmente la importancia de la teoría en las ciencias sociales, como prolegómenos de sus propios intentos de construcción de teorías sustantivas, de teorías que puedan explicar científicamente el cambio social. Cuando examinemos tales teorías, no descubriremos sólo algunas defensas teóricas sino también una disparidad enorme entre los requerimientos que establece Smelser para la teoría y lo que en efecto propone. Pero podría objetarse que, al concentrarse en Merton, Smelser y Parsons, mi discusión de la naturaleza de la teoría en la ciencia social ortodoxa se ha sesgado. Después de todo, estos tres sociólogos distinguidos se han asociado al movimiento llamado “funcionalismo” o “funcionalismo estructural”, una orientación que en opinión de Merton es “la más prometedora y quizá la menos codificada de las orientaciones contemporáneas hacia los problemas de la interpretación sociológica”. Pero el funcionalismo ha sido, severamente criticado, aunque haya sido una influencia dominante en la antropología social y la sociología. La literatura que critica el funcionalismo por razones sustantivas, metodológicas, epistemológicas e ideológicas ha alcanzado proporciones voluminosas. En consecuencia, podría pensarse que los supuestos fundamentales compartidos por los funcionalistas acerca de la calidad científica de las disciplinas sociales, y el énfasis que ponen en la teoría empírica, están conectados a su distorsionada orientación funcionalista.

Esto no es cierto en absoluto. Aunque hay, abundante desacuerdo sobre toda clase de cuestiones entre los funcionalistas y algunos de sus críticos ortodoxos, no hay desacuerdo importante acerca de la naturaleza de una teoría adecuada en las ciencias sociales. Los desacuerdos se refieren a la posibilidad de descubrir teorías empíricas mediante una orientación funcionalista.

Uno de los críticos más agudos del funcionalismo ha sido George Homans. Su ensayo titulado “Bringing Men Back in” (“La Reintegración de los Hombres”), que fue su discurso presidencial de 1964 ante la Asociación Sociológica Norteamericana, provocó una verdadera conmoción en el tranquilo mundo de los sociólogos profesionales. Homans, quien ha sido ocasionalmente un *enfant terrible*, por lo menos en comparación con los funcionalistas, ataca polémicamente a toda la escuela, desde Durkheim hasta Smelser. Afirma que el funcionalismo “sino no falló en sus intereses empíricos sino, curiosamente, en lo que constituía su mayor orgullo, en su teoría general” (p. 811).¹³ La razón de este fracaso era que “con todos sus comentarios acerca de la teoría los funcionalistas no pudieron aclarar nunca –y sé bien lo que digo– lo que es una teoría” (p. 811). Ha llegado el momento de “dejar hablar a nuestros estudiantes acerca de la teoría sociológica, mientras no les enseñemos lo que es una teoría” (p. 811). Desconcertando a sus oponentes, Homans les da una lección elemental en la filosofía de la ciencia, instruyéndolos acerca de “lo que es una teoría”. Presenta luego Homans lo que se ha convertido virtualmente en el entendimiento canónico de la teoría empírica invocada por los empiristas lógicos y los proponentes del modelo hipotético-deductivo de la explicación científica.

Lo más irónico del ataque polémico de Homans es que, cuando se pone a decirnos “lo que es una teoría”, parece glosar la descripción que hizo Merton, en 1949, de la “teoría sistemática”, al igual que la presentación que elaboró Smelser, en 1968, del tipo de “ordenamiento lógico” que es teórico:

Para constituir una teoría, las proposiciones deben asumir la forma de un sistema deductivo. Una de ellas, llamada de ordinario la proposición de orden menor, es la proposición que debe explicarse: por ejemplo, la proposición de que, entre más se industrialice una sociedad, más tenderá su organización familiar hacia la familia nuclear. Las otras proposiciones son proposiciones generales o presentaciones de condiciones particulares dadas. Las proposiciones generales se llaman así porque intervienen en otros, quizá muchos otros, sistemas deductivos además del sistema en cuestión. En realidad, lo que a menudo llamamos una teoría es un agrupamiento de sistemas deductivos que comparten las mismas proposiciones generales pero tienen diferentes proposiciones que deben explicarse. El requerimiento crucial es que cada sistema debe ser deductivo. Es decir, la proposición de orden menor se sigue como una conclusión lógica de las proposiciones generales bajo las condiciones especificadas dadas ... Cuando la proposición de orden inferior se sigue lógicamente, se dice que se ha explicado. La explicación de un fenómeno es la teoría del fenómeno. Una teoría no es nada –no es una teoría– si no es una explicación (pp. 811-812).

¹³ George C. Homans, “Bringing Men Back In”. *American Sociological Review*, 29 (diciembre de 1964). A menos que se diga otra cosa, todas las referencias a las páginas de Homans corresponden a este artículo.

Aunque la prosa es más dura que la de Merton o la de Smelser, el contenido acerca de “lo que es la teoría” es esencialmente el mismo.¹⁴ Pensamos también en la distinción establecida por Merton entre la teoría propiamente dicha y otras actividades llamadas con frecuencia teóricas cuando Homans continúa explicando:

Podríamos definir propiedades y, categorías sin tener todavía una teoría. Podemos enunciar que hay relaciones entre las propiedades, sin tener todavía una teoría. Podemos decir que el cambio de una propiedad producirá cierto cambio en otra propiedad, sin tener todavía una teoría, Sólo tendremos una teoría cuando tengamos propiedades, y, proposiciones que establezcan relaciones entre ellas, y las proposiciones formen un sistema deductivo. La mayoría de nuestros argumentos acerca de la teoría se derrumbaría si nos preguntáramos primero si tenemos una teoría acerca de la cual discutir (p. 812).

No quiero subestimar los claros desacuerdos de Homans con los funcionalistas. Pero estos desacuerdos no se refieren a “lo que es una teoría”, lo que debiera ser idealmente. La esencia del ataque de Homans es que “come un esfuerzo teórico, el funcionalismo nunca se aproximó a la satisfacción de estas condiciones” (p. 812).

Además, Homans piensa que “aunque los funcionalistas hubiesen tratado seriamente” de satisfacer las normas de la teoría, “habrían fracasado” (p. 812). El escepticismo de Homans se basa en esta convicción de que los funcionalistas han errado en cuanto a los tipos de proposiciones generales o enunciados semejantes a leyes que emplean en sus explicaciones supuestamente científicas. De acuerdo con Homans, las explicaciones adecuadas de los fenómenos sociales sólo pueden darse “mediante proposiciones de la teoría psicológica del aprendizaje” y, no por “proposiciones claramente sociológicas” (p. 812). En suma, Homans cree que el funcionalismo se ha basado en un error en el caso de la sociología, porque los funcionalistas suponen que hay, leyes sociológicas o proposiciones generales que explican los fenómenos sociales. Pero no hay tal cosa: sólo hay leyes psicológicas.

La falta de una teoría explicativa en las ciencias sociales

Hasta aquí he tratado de mostrar sobre todo que, a pesar de numerosos desacuerdos marcados entre los científicos sociales ortodoxos, hay una unanimidad básica acerca de la naturaleza de la teoría empírica en las ciencias sociales: acerca de la importancia de tal teoría para la obtención o la aproximación de explicaciones científicas, y acerca de la importancia del desarrollo de teorías explicativas verificables, para que las ciencias sociales maduren como lo han hecho las ciencias naturales. Hull, Merton, Parsons, Smelser y Homans, convienen no sólo en que ésta es una posibilidad real, sino también en que ésta es la dirección en que deben progresar las disciplinas sociales. Me he concentrado primordialmente en el trabajo de los sociólogos, pero la misma historia básica podría narrarse en todas las ciencias sociales. Una vez que hayamos alcanzado las teorías empíricas –afirma el argumento–, ya no habrá ninguna duda acerca de la calidad científica de las disciplinas sociales, y se verá claramente que la forma y el éxito de las explicaciones difieren sólo en grado de las ciencias naturales. Más adelante demostraré que esta concepción de la teoría empírica tiene poderosas consecuencias teóricas y prácticas para el papel del teórico social en la sociedad; para la relación existente entre la teoría y la acción, el hecho y el valor; y para la teoría empírica y la teoría normativa.

Pero es en este punto donde surgen al primer plano muchos de los problemas realmente difíciles. Lo que emerge de nuestra discusión hasta ahora es a lo sumo un bosquejo de “lo que es la teoría” en las ciencias sociales. Los científicos sociales mencionados han explorado la situación metodológica y epistemológica de la teoría sólo en la medida en que ello ha sido necesario para aclarar lo que están haciendo en su trabajo sustantivo, y para lograr cierta perspectiva sobre las ciencias sociales contemporáneas. Los científicos sociales practicantes han abandonado con frecuencia sus discusiones en el lugar mismo donde empiezan los filósofos de la ciencia social. Merton y Smelser, por ejemplo, subrayan la importancia de la distinción existente entre las generalizaciones empíricas *ad hoc* y los tipos de generalizaciones requeridas por las explicaciones teóricas. ¿Podremos hacer entonces un análisis preciso de esta diferencia? ¿Podremos especificar las condiciones necesarias y suficientes para destacar las proposiciones generales o los enunciados nomológicos esenciales para los marcos teóricos?

Además, todos los pensadores mencionados han subrayado que una característica esencial de la explicación científica involucra la deducción y la derivabilidad. ¿Podremos distinguir entonces, claramente, entre las derivaciones triviales y las explicativas? También deseamos saber si toda explicación científica

¹⁴ Véase también a George C. Homans, *The Nature of Social Science*.

debe ser una explicación por derivación. ¿Hay otras formas de explicación científica legítima? Por ejemplo, ¿cómo deberemos analizar las explicaciones que involucran principios probabilístico y estadísticos? Una vez que aceptamos que no hay ninguna diferencia marcada entre el hecho o la observación y la teoría, ¿cómo podremos distinguir los esquemas conceptuales que nos permiten presentar hechos y, observaciones de los esquemas conceptuales que enuncian teorías destinadas a explicar fenómenos? ¿Cuál es la relación precisa existente entre la explicación científica y el pronóstico?

La filosofía contemporánea de las ciencias sociales –así como la filosofía de las ciencias naturales– ha girado alrededor de estas cuestiones.¹⁵ No hay duda de que gran parte de este trabajo –como puede advertirse claramente en el caso de Homans– ha ejercido una influencia profunda sobre las nociones que tienen los científico- sociales ortodoxos de “lo que buscan”, y, de los cánones aplicables a la teoría y, la explicación científica en sus campos. Pero hay también algunos problemas acerca de estas discusiones y la cantidad de energía y de refinamiento intelectual involucrados. Aunque tales discusiones tienen consecuencias muy importantes para nuestro entendimiento de la ciencia. y. en términos más generales para la epistemología a menudo tienen escasa importancia para los problemas prácticos y sustantivos que afrontan en su investigación los científicos sociales.

Cualesquiera que sean las analogías que deseemos trazar y subrayar entre las ciencias sociales y las disciplinas físicas, hay una diferencia importante que virtualmente nadie disputa. La filosofía de las ciencias naturales se ha convertido recientemente en un campo apasionante y controversial donde pocos problemas se han resuelto en definitiva. Pero no hay ningún desacuerdo entre los científicos practicantes o los filósofos en el sentido de que un entendimiento adecuado de las ciencias físicas debe considerar y hacer justicia a la obra de gigantes tales como Copérnico, Kepler, Newton, Einstein, Bohr, Dirac y muchos otros. Podemos discutir acerca de las características y los análisis de sus contribuciones teóricas, pero su obra sirve como ejemplo de investigación científica y avance teórico. En cambio, no hay en la sociología ni en la politología ningún cuerpo comparable en el que podamos encontrar ejemplos de poderosas teorías empíricas explicativas. Parece ser que, en las ciencias sociales, el hincapié en “lo que es la teoría” es inversamente proporcional a la capacidad para elaborar “teoría propiamente dicha”.

Esto no lo niegan ni los defensores más acérrimos de la calidad científica de las disciplinas sociales, quienes apelan de ordinario a la juventud de la disciplina, sosteniendo que el terreno está preparado ahora para el Copérnico o el Newton de las ciencias sociales, y que hay ahora por lo menos aproximaciones a las normas rigurosas de la teoría explicativa genuina. Sin embargo, cuando observamos con detenimiento estas supuestas aproximaciones, vemos que distan mucho de las mismas normas de teoría invocadas por los propios científicos sociales. Al revés de lo que ocurre con los críticos que pretenden demostrar la imposibilidad de una ciencia de los seres humanos, no creo que esto pueda probarse de una sola tirada mediante argumentos conceptuales *a priori*. En el capítulo II consideraré los argumentos de filósofos analíticos tales como Peter Winch y, A. R. Louch, quienes pretenden demostrar que la idea misma de una ciencia social modelada en las ciencias naturales involucra confusiones conceptuales y falacias lógicas insuperables.

Muchos filósofos –especialmente Karl Popper– han subrayado que no es un fracaso de la investigación científica el hecho de que se refuten constantemente las hipótesis y las teorías, superadas por teorías refutables mejores. Según Popper, ésta es precisamente la característica de la investigación científica que la separa de otras formas de la actividad intelectual. Pero este patrón –el patrón de la conjetura y la refutación– no se encuentra en las disciplinas sociales. Hay orientaciones generales que tienen su orto y su ocaso, sustituidas por otras consideradas más fructíferas y prometedoras. Pero aunque este patrón guarda, una semejanza superficial con las ciencias físicas, no hay ningún consenso racional entre los científicos sociales acerca de que estas teorías propuestas sean teorías empíricas genuinas, refutadas por nuevas investigaciones y experimentos empíricos. La sucesión de orientaciones generales en las ciencias sociales guarda una semejanza mayor con la sucesión de lo que Thomas Kuhn llama “escuelas”.

Escapa a los límites de este trabajo la demostración concluyente de la escasez de teorías empíricas bien formuladas en las ciencias sociales. Sin embargo, hay un cuerpo de literatura extenso y creciente que revela las inadecuaciones empíricas, metodológicas, lógicas e ideológicas de las teorías empíricas, incluidas las “teorías funcionalistas”, las “teorías del equilibrio”, las “teorías de sistemas” y las “teorías del intercambio social”. Aunque hay disputas vehementes acerca de la fecundidad real de estas teorías, y acerca del sentido en que se aproximen al ideal de la teoría empírica, ningún científico social responsable ha

¹⁵ Se encuentran dos esfuerzos importantes y comprensivos por aclarar y contestar estas cuestiones y otras relacionadas en Ernest Nagel, *The Structure of Science*, y Carl G. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation*.

afirmado que hayamos alcanzado algo comparable a las realizaciones de la ciencia física de los siglos XVI y XVII.

Para ilustrar los tipos de dificultades encontrados, y por qué creo que aun al hablar de aproximaciones oscurecemos y falsificarnos los problemas, voy a considerar brevemente las teorías propuestas por Merton y por Smelser. Por supuesto, no podemos inferir que los fracasos de sus esfuerzos teóricos demuestren la imposibilidad de elaborar alguna vez una teoría adecuada en las ciencias sociales. Pero en su trabajo podemos ver los tipos de bloques caídos que encontramos uno y otra vez en los numerosos intentos de avance de la teoría empírica que se han realizado.

Para ver lo que está errado en el funcionalismo no necesitamos recurrir a sus numerosos críticos hostiles, sino a quienes lo han defendido y han adoptado una interpretación naturalista de las ciencias sociales. El propio Merton es un crítico agudo de algunas de las formas del funcionalismo prevalecientes. En su *Social Theory and Social Structure* empezó por despejar la escoria que cubría la exposición superficial del funcionalismo y el análisis funcional. Su capítulo sobre las “Funciones manifiestas y latentes” trataba de codificar y adelantar a la vez nuestro entendimiento del análisis funcional. En el proceso Merton expone brillantemente los errores de los esfuerzos anteriores que trataron de articular una teoría funcional. En este sentido, su análisis es una crítica de las formulaciones del funcionalismo que hacen poco más que bosquejar una orientación general y quedan lejos de la teoría propiamente dicha.

¿Pero lo hace Merton mejor que algunos de sus predecesores en lo tocante a la codificación del análisis funcional para que podamos ver cómo satisface los criterios de la teoría propiamente dicha? Algunos han respondido afirmativamente a esta interrogante y han tratado de alcanzar el análisis de lo que se requiere para un análisis funcional adecuado. Por ejemplo en un ensayo importante inspirado por el trabajo de Merton el eminente filósofo de la ciencia Ernest Nagel presentó “Una formalización del funcionalismo” El “objetivo primordial” de Nagel es “mostrar los varios elementos de la codificación de Merton como características íntimamente relacionadas en un patrón de análisis coherente, para volver así más evidentes los requerimientos indispensables que debe tratar de satisfacer una explicación funcional adecuada en el campo de la sociología”.¹⁶ Pero aunque tal es la *intención* de Nagel, su análisis es en realidad una crítica devastadora de Merton. En su análisis cuidadosamente razonado, Nagel muestra los numerosos problemas y distinciones que Merton ha pasado por alto. En efecto, Nagel muestra la disparidad existente entre la codificación de Merton y los “requerimientos indispensables que debe tratar de satisfacer una explicación funcional adecuada en el campo de la sociología” *antes* de que podamos considerarla una teoría empírica bien formulada. La codificación de Merton es una aproximación en el sentido de que, las primeras teorías griegas de la estructura atómica del universo son aproximaciones de la teoría atómica contemporánea en el campo de la física.

Resulta difícil disentir de las conclusiones de dos filósofos de las ciencias sociales, de perspectivas muy diferentes, que han examinado los argumentos en pro y en contra del análisis funcional y la teoría funcional: Richard S Rudner y Alan Ryan.

Rudner, quien defiende fuertemente una interpretación naturalista de las ciencias sociales, dice lo siguiente a propósito del funcionalismo:

Ni una sola de la miríada de afirmaciones de la literatura antropológica [y Rudner incluiría también la literatura sociológica] puede aceptarse sin serias reservas, y no porque sea en principio imposible la explicación funcional (en efecto, las secciones precedentes de este capítulo han tratado en parte de indicar cómo podrían darse tales, explicaciones *en principio*), sino porque ello es muy difícil, mucho más difícil de lo que parecen advertir los proponentes. Con gran frecuencia, estas afirmaciones contienen a lo sumo *descripciones* más o menos correctas, antes que explicaciones, de fenómenos específicos, expresadas o acompañadas de una retórica que los incautos podrían tomar por explicaciones... Los resultados obtenidos hasta ahora sólo equivalen (por lo que se refiere a la explicación) a la articulación de algunas conjeturas precientíficas o esperanzas piadosas de que *pueda* darse en última instancia una explicación funcional del problema en cuestión.¹⁷

Alan Ryan no sólo acepta las inadecuaciones lógicas y metodológicas señaladas por Rudner.. sino que añade algunas otras críticas de su propia cosecha. Merton, como otros científicos sociales ortodoxos, presenta una teoría empírica para fortalecer la calidad científica de la sociología y también para eludir la acusación de que la teoría es, en las ciencias sociales, una forma disfrazada de la ideología. (‘Merton trata

¹⁶ Ernest Nagel, “A Formalization of Functionalism”, *Logic Without Metaphysics*, p. 248.

¹⁷ Richard S. Rudner, *Philosophy of Social Science*, pp. 108-109.

explícitamente de demostrar que el funcionalismo es neutral en materia de sesgos ideológicos.) Pero Ryan señala que

En la obra de Merton, el término “función” no sirve a ningún propósito, salvo el de agradar a quienes creen en la autonomía de la sociología, y decorar la palabra “consecuencias”, lo que indica que Merton estaba impresionado con la bondad no buscada de las consecuencias de gran parte de la vida social de los Estados Unidos. Y es esta equiparación de la “función” con las “buenas consecuencia” lo que domina la literatura sociológica de los últimos años como se ilustra con una ojeada a una publicación como *The American Sociological Review*: los artículos sobre temas tales como “Algunas funciones sociales de la ignorancia” resultan ser artículos sobre “Algunos efectos buenos, no buscados, que la ignorancia produce para casi todos”. El lector que lo dude deberá comprobarlo por sí mismo.¹⁸

El caso de Neil Smelser es más instructivo aún en cuanto a la localización de las dificultades que encuentran los sociólogos cuando se ponen en efecto a elaborar teorías explicativas sustantivas. Como he indicado, Smelser es profundamente consciente de que el tipo de “teoría estructural-funcional” que ha adoptado de Parsons y ha tratado de refinar ha sido acusado de vacuidad, de que no explica los fenómenos empíricos ni ilumina los problemas fundamentales del cambio social. En su *Essays in Sociological Explanation* hay varios ensayos que revisan algunas partes de su trabajo anterior, y en 1969 publicó un revelador análisis retrospectivo de su carrera intelectual: “Some Personal Thoughts on the Pursuit of Sociological Problems”.

En su primer libro importante, *Social Change in the Industrial Revolution*, Smelser utilizó el modelo de la “diferenciación estructural” como el instrumento de “ordenamiento lógico” necesario para presentar su estudio histórico del cambio estructural ocurrido en la industria algodonera británica, y en la estructura familiar de las clases trabajadoras de esa industria, entre 1770 y 1840. Como nos informa Smelser, se vio grandemente influido por Parsons cuando escribió esta obra, sobre todo por las “potenciales aplicaciones empíricas”¹⁹ del modelo de la diferenciación estructural. El modelo trata de especificar un patrón general aplicable a diversos tipos de cambio social. De acuerdo con el Informe del propio Smelser, “deseaba evaluar la potencialidad de la teoría de acción para el análisis de la dinámica social en un contexto histórico concreto”. Su estudio histórico de la industria algodonera británica trata de demostrar que su desarrollo exhibe las etapas de la diferenciación estructural.

Más adelante, sin embargo, Smelser se sintió crecientemente insatisfecho con los fundamentos teóricos de su obra. Advirtió que había formulado varios “supuestos simplificadores” que debían ser revisados. Aceptó que, contra sus expectativas originales, “mi explicación del cambio estructural durante la Revolución industrial británica no se derivaba, en términos estrictos de las categorías del marco de la teoría de la acción [de Parsons]”²⁰. Por último Smelser estaba consciente de cierta cantidad de manipulación teórica:

Por una parte, había presentado el modelo como una secuencia temporal de pasos; por la otra, había reconocido las posibilidades de “brincar pasos”, “regresiones a pasos anteriores”, “secuencias truncadas”, etcétera, que podrían usarse como escapes teóricos si alguna secuencia histórica particular no correspondía a la indicada por el modelo de la diferenciación. Sentí una vaga inquietud ante la posibilidad de que la representación del modelo de diferenciación como una secuencia de pasos o etapas temporales fuese teóricamente poco satisfactoria, pero no sabía cómo representarla en ninguna forma mejor.²¹

En suma, Smelser percibía vagamente que el modelo de la diferenciación estructural carecía de lo que supuestamente era su virtud primordial: el poder explicativo. A lo sumo tal modelo constituye una generalización empírica disfrazada que representa formalmente un patrón general de cambio social. Pero si no podemos indicar algunas de las conexiones causales o nomológicas existentes entre las diversas etapas de esta secuencia temporal –si no podemos explicar por qué algunas secuencias históricas divergen del modelo y otras no lo hacen–, podremos tener una descripción generalizada pero no una *explicación* de la secuencia histórica. Esto no quiere decir que el uso de tal modelo carezca de valor. Puede tener –aunque muchos lo han refutado– gran valor para revelar las semejanzas ocultas entre fenómenos aparentes diversos, pero ello no basta para hacer avanzar la teoría explicativa empírica o para aproximarse a ella.

¹⁸ Alan Ryan, *The Philosophy of Social Sciences*, pp. 190-194.

¹⁹ Neil J. Smelser, “Some Personal Thoughts on the Pursuit of Sociological Problems”. *Sociological Inquiry*, 39 (primavera de 1969). P. 160.

²⁰ *Ibid.*, p. 162.

²¹ *Ibid.*, p. 163.

En su segunda obra importante, *Theory of Collective Behavior*, Smelser pensó que podría rectificar algunas de las dificultades teóricas que estaba advirtiendo cada vez más. En esta obra utiliza un modelo de “valor agregado”. La idea básica de este modelo es muy simple: en lugar de suponer que las variables especificadas guardan una relación de simple secuencia temporal (como lo había hecho Smelser con el modelo de la diferenciación estructural), suponemos ahora que hay una “lógica de la acumulación combinatoria de variables”.²² Un conjunto de variables, cada una de ellas indeterminada en sí misma, se traduce sin embargo, en un resultado determinado cuando ocurre en una combinación específica:

El modelo del valor agregado fue un esfuerzo por aumentar la determinación explicatoria mediante la combinación de varias variables –cada una de ellas indeterminada en sí misma– en varios patrones diferentes, cada uno de los cuales se asociaría a un tipo diferente de comportamiento colectivo. Y finalmente, el modelo del valor agregado se conceptuó como una secuencia puramente analítica, antes que temporal; se trataba de evitar así algunos de los problemas surgidos en conexión con la noción de las etapas temporales del modelo de la diferenciación estructural.²³

¿Pero es éste realmente un progreso? ¿Logra aumentar este modelo la “determinación explicativa”? Desde un punto de vista conceptual, no nos encontramos en realidad más cerca de la explicación teórica. Porque el mismo problema que afectó a Smelser en su estudio de la industria algodonera británica surge aquí en una forma más refinada pero no menos devastadora. De nuevo, el poder explicativo del modelo del valor agregado depende de la especificación de las relaciones nomológicas o causales entre las numerosas variables identificadas. Si no especificamos estas relaciones, resulta difícil entender en qué sentido explica científicamente los fenómenos pertinentes el modelo del valor agregado. Smelser, como tantos otros científicos sociales ortodoxos, ha subrayado que una teoría adecuada debe permitir la derivación de generalizaciones empíricas a partir de nuestros supuestos teóricos. Reconoce que debemos poder derivar enunciados contrarios acerca de lo que *ocurriría* si se modificaran ciertas variables especificables en forma independiente. Pero su modelo del valor agregado no satisface este requerimiento. El propio Smelser plantea el interrogante realmente difícil cuando escribe: “Si una variable del modelo no se ve activada por la variable inmediatamente ‘precedente’ en la serie del valor agregado, ¿cuáles son las condiciones que la activan? Este interrogante no se resolvió satisfactoriamente en *Theory of Collective Behavior*, y no he podido contestarla a mi gusto después”.²⁴

El éxito o el fracaso de las ciencias sociales no depende de las aproximaciones de Merton o de Smelser. Algunos sostienen, como Homans, que sus esfuerzos no estaban condenados al fracaso porque hubiese algo intrínsecamente errado en la búsqueda de explicaciones teóricas en las ciencias sociales, sino porque los partidarios del funcionalismo han estado buscando en el lugar errado.²⁵

Debiéramos meditar por lo menos cuando científicos sociales tan prominentes como Merton y Smelser, concededores de una gran diversidad de enfoques de las ciencias sociales, no pueden elaborar nada que se asemeje genuinamente, o se aproxime siquiera a una teoría científica explicativa. La situación se agrava, cuando advertimos que ninguna de las alternativas propuestas hasta la fecha, en la sociología o la politología, se ha acercado algo a la presentación de tal teoría.

Es precisamente esta paradoja, o por lo menos esta disparidad tremenda entre el concepto de la teoría empírica adoptado por los científicos sociales ortodoxos y la incapacidad para alcanzarlo, lo que ha llevado a un número creciente de pensadores a cuestionar los fundamentos mismos de la ciencia social concebida como una ciencia natural. Lo que resulta más perturbador aún –desde la perspectiva de lo que pretenden hacer los teóricos ortodoxos– es la advertencia de la gran cantidad de lo que se ha presentado como teoría en las ciencias sociales que resulta ser ideología disfrazada. Por ambiciosas o modestas que hayan sido las pretensiones de los científicos sociales ortodoxos de desarrollar la teoría empírica, tales científicos han insistido en que sus hipótesis y enunciados son neutrales, en sentido valorativo, enunciados objetivos sólo sujetos a los criterios de la verificación, la confirmación y la refutación públicas. Sin embargo, como veremos en el capítulo II, estas teorías propuestas secretan valores y reflejan controvertibles posiciones ideológicas acerca de lo que es correcto, bueno y justo.

²² *Ibid.*, p. 164.

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.* p. 166. Véanse otras críticas al trabajo de Smelser en mis comentarios, con la respuesta de Smelser, en la “Review Symposium” de *Essays in Sociological Explanation. Sociological Inquiry*, 39 (primavera de 1969).

²⁵ Homans no triunfa allí donde han fracasado Smelser, Parsons y Merton. Véase una crítica de Homans en Peter P. Eken, *Social Exchange Theory*.

Hay diversas justificaciones o racionalizaciones de lo que Rudner ha llamado esta “consideración melancólica”, la brecha existente entre nuestro entendimiento metodológico de lo que es la teoría y la explicación científica y la “escasez de cuerpos de teoría bien confirmada, bien articulada, en todas las ciencias del comportamiento humano”.²⁶ La mayoría de estas justificaciones giran alrededor de la afirmación de que las ciencias sociales son disciplinas jóvenes o inmaduras, a pesar de que algunas han reconocido que son en realidad más viejas que las ciencias naturales. Pero cuando escuchamos estas racionalizaciones expresadas una y otra vez –como ha ocurrido durante el último siglo–, con tan escasas realizaciones teóricas, tenemos derecho a mostrarnos incrédulos. ¿No es quizá la fuente primordial de este fracaso la falta de imaginación o de genio, sino un error radical en cuanto al tipo de explicación y de teoría apropiado para las disciplinas sociales? Esta ha sido una de las críticas principales contra las tres orientaciones que examinaré en las tres partes subsecuentes de este estudio. Pero dado que en esta primera parte trato de comprender y de presentar la justificación más fuerte posible de un entendimiento naturalista de las ciencias sociales, voy a examinar las respuestas formuladas contra este desafío que constituyen obstáculos insuperables para la elaboración de teorías empíricas explicativas.

El defensor de la investigación científica social: Ernest Nagel

La mayoría de los científicos sociales ortodoxos –sobre todo de los Estados Unidos– no se han ocupado de los críticos que cuestionan los fundamentos mismos de lo que están haciendo. Hull, Merton, Smelser, Homans, Parsons y –entre los politólogos– Easton, Truman, Almond, Eulau y muchos otros consideran las disputas contemporáneas acerca de la calidad científica de las disciplinas sociales y políticas como análogas a las disputas de anticuario acerca de las ciencias físicas citando estaban separándose de la filosofía, o a la polémica tediosa del siglo XIX sobre la ciencia y la religión. Prevalece la opinión de que se ha ganado la batalla por la calidad científica de las ciencias sociales, y de que la tarea fundamental ahora es el trabajo serio de la investigación empírica y la construcción teórica.

Algunos han tratado responsablemente de contestar la acusación de que existen obstáculos insuperables y confusiones conceptuales en la base de la investigación de la ciencia social. Uno de los más prominentes es Ernest Nagel. No es raro que los científicos sociales recurran a Nagel como una respuesta definitiva y autorizada a los críticos que aseguran que son vacilantes los cimientos de la ciencia social contemporánea.

La obra de Nagel, *The Structure of Science*, es un clásico contemporáneo. Es una de las presentaciones más juiciosas, comprensivas y sistemáticamente elaboradas de la naturaleza de la explicación y la teoría científicas. Además Nagel, al revés de lo que ocurre con muchos filósofos de la ciencia, tiene un conocimiento íntimo de las ciencias sociales. Nagel refuta directamente los argumentos que tratan de demostrar la existencia de obstáculos insuperables para la investigación de las ciencias sociales. Trata de demostrar que ninguno de estos argumentos conduce a tal conclusión. Aunque la investigación social afronta problemas especiales, no hay diferencias marcadas o desemejanzas marcadas entre una ciencia social apropiadamente concebida y las ciencias naturales.

No intento ocuparme de todos los argumentos de Nagel, pero deseo comentar algunos aspectos prominentes de su análisis por dos razones: primero, ello ayudara a aclarar nuestra apreciación del argumento en favor de un entendimiento naturalista de las ciencias sociales; segundo, ello contestará algunas de las críticas más superficiales de un estudio científico del individuo en la sociedad.

Antes, sin embargo, considero más importante destacar la estrategia de la argumentación de Nagel. Nagel no cree que haya ninguna característica simple que distinga a la ciencia de lo que no es, pero sostiene que una descripción adecuada de la ciencia incluye una aclaración del papel de las leyes, las explicaciones, las teorías, y las formas complejas en que se verifican, confirman y refutan las explicaciones teóricas. En *The Structure of Science* se ocupa primordialmente de la aclaración y la explicación de las interrelaciones, de estos elementos estructurales. No considera fructífera la discusión acerca de si la investigación social es “ciencia verdadera”. “La tarea importante, sin duda, es el logro de cierta claridad en los problemas metodológicos fundamentales y la estructura de las explicaciones de las ciencias sociales, antes que la concesión o negación de títulos honoríficos” (p. 449).²⁷ No niega Nagel que haya graves obstáculos prácticos, con frecuencia más formidables de lo que creen muchos científicos sociales, pero tales dificultades prácticas deben distinguirse celosamente de las imposibilidades conceptuales.

²⁶ Richard S. Rudner, *Philosophy of Social Science*, p. 101.

²⁷ Ernest Nagel, *The Structure of Science*. A menos que se diga otra cosa, todas las referencias a las páginas de Nagel corresponden a este volumen.

Nagel inicia su análisis con la admisión –compartida, por muchos científicos sociales ortodoxos– de que “en ningún área de la investigación social se ha establecido un cuerpo de leyes generales, comparables con las teorías de las ciencias naturales en términos del poder explicativo o de la capacidad para producir pronósticos precisos y confiables” (p. 477):

Muchos científicos sociales opinan, además, que no ha llegado el momento siquiera para las teorías destinadas a explicar sistemáticamente algunos aspectos de los fenómenos sociales. En efecto, cuando se han intentado tales construcciones teóricas de alcance restringido, como ha ocurrido en la economía o, en una escala menor, en el estudio de la movilidad social, su valor empírico se considera ampliamente como una cuestión todavía insoluble. En una medida considerable, los problemas investigados ahora en muchos centros de investigación empírica se refieren claramente a cuestiones de dimensiones moderadas y a menudo poco impresionantes (p. 498).

Pero aun concediendo todo esto, el débil estado actual de las ciencias sociales no impide la potencialidad del desarrollo científico.

La primera confusión importante que Nagel trata de aclarar se refiere a la diferencia existente entre la “experimentación controlada” y la “investigación controlada”. Se objeta a menudo que, en virtud de que la experimentación controlada es la condición *sine qua non* para el logro del conocimiento científico, y en particular para el establecimiento de leyes generales, y dado que tal experimentación es imposible en los fenómenos sociales a gran escala, no podemos descubrir y someter a prueba las leyes generales aplicables a tales fenómenos. Pero Nagel señala la existencia de ciencias físicas bien desarrolladas, como la astronomía y la astrofísica, que en términos estrictos no son “ciencias experimentales”. Es cierto que en todas las ramas de la investigación científica debe haber procedimientos que tengan “las funciones lógicas esenciales del experimento en la investigación” (p. 452). Por ejemplo, debe haber una oportunidad para contrastar diversas ocasiones y para distinguir las hipótesis que pueden ser confirmadas o rechazadas. Además, con frecuencia se exagera y se entiende mal la artificialidad putativa de los experimentos de las disciplinas sociales. En las ciencias naturales hay también algunos experimentos artificiales que, en virtud de la exclusión de muchos factores normales, nos ayudan a entender los procesos físicos “reales”. “Es una crítica errada de los experimentos de laboratorio de la ciencia social la que sostiene que, en virtud de que una situación de laboratorio es ‘irreal’, su estudio no puede arrojar ninguna luz sobre el comportamiento social en la vida ‘real’” (p. 456). En suma, la crítica de la ciencia social sobre, estos lineamientos está destinada al fracaso. Los críticos entienden erradamente el papel y la función de los experimentos en la investigación científica, y oscurecen el problema fundamental de la existencia o inexistencia de procedimientos para la realización de una investigación controlada.

Otra dificultad citada a menudo en el establecimiento de leyes generales en las ciencias sociales es el hecho de que los fenómenos sociales están “históricamente condicionados” o “culturalmente determinados” (p. 458). Nagel admite la posibilidad de que “las leyes no triviales pero confiables, establecidas acerca de los fenómenos sociales, tengan siempre apenas una generalidad estrechamente restringida” (p. 460). Pero mientras que el descubrimiento de leyes transculturales es un problema empírico insoluble, Nagel rechaza los argumentos que tratan de demostrar la imposibilidad de tales leyes en principio. Ni la incapacidad para pronosticar un futuro indefinido por causa de la complejidad de los fenómenos humanos, ni el hecho de que muchos aspectos de los fenómenos sociales escapen al control del hombre, son buenas razones para declarar imposibles tales leyes. Podemos afrontar las mismas dificultades con los fenómenos físicos.

Además, quienes sostienen que las leyes transculturales resultan imposibles porque todos los fenómenos sociales están históricamente condicionados, subrayan con frecuencia la manifiesta complejidad y diversidad de estos fenómenos. Por supuesto, si en nuestras explicaciones teóricas utilizáramos conceptos que denoten características aparecidas sólo en un grupo especial de sociedades, no podríamos descubrir leyes transculturales generales. Pero como ocurre con los fenómenos físicos, no hay nada en el estudio de las sociedades que impida el descubrimiento de estructuras o correlaciones más básicas que no sean inmediatamente evidentes. Es de presumirse que, si existen tales estructuras comunes básicas –como han sostenido muchos científicos sociales–, su descubrimiento nos permitiría explicar teóricamente las características comunes de lo que parece ser algo culturalmente relativo. Ninguno de los argumentos formulados por los críticos elimina esta posibilidad como algo lógico aunque no materializado todavía. No debemos confundir la ignorancia presente con la imposibilidad permanente.

Un argumento que suele emplearse para demostrar la imposibilidad de la ciencia social se basa en la consideración de que el *conocimiento* de los fenómenos sociales, al revés de lo que ocurre con los fenómenos físicos, es una variable social. Por ejemplo, en las técnicas de la entrevista que forman una gran parte de la investigación de la ciencia social debemos admitir que los respondientes *saben* de ordinario que están siendo

entrevistados, lo que puede afectar sus respuestas. Se han formulado muchas críticas de las técnicas de entrevista y las conclusiones basadas en tales entrevistas, porque el investigador no toma en cuenta la circunstancia mencionada. Tampoco aquí niega Nagel la gravedad de la dificultad, ni ofrece una fórmula general para superarla. Pero el mismo planteamiento del problema apunta hacia la solución. En las ciencias sociales, como en las ciencias físicas, surgen algunas dificultades porque se producen algunos cambios en el sujeto investigado a causa de las mismas técnicas utilizadas en la investigación. Además, Nagel acepta francamente que, en las ciencias sociales, tales cambios pueden atribuirse en parte al conocimiento o a las creencias de los individuos. Pero esta diferencia se refiere a las técnicas que deben emplearse para identificar y eliminar el sesgo involucrado, no a la lógica de la situación. Por el contrario, este problema plantea un desafío práctico, no un obstáculo teórico, a la investigación de la ciencia social. Tal problema exige el desarrollo de técnicas para la eliminación o minimización de toda distorsión resultante de la conciencia del participante.

Hay otros dos argumentos conocidos acerca del conocimiento como una variable social que Nagel quiere refutar. Tales argumentos se refieren a los llamados “pronósticos suicidas” y “profecías automáticas”. Los “pronósticos suicidas” tienen una base sólida en el momento en que se pronuncian, pero se ven refutados a causa de las acciones realizadas como consecuencia de su pronunciamiento. Esto ocurre cuando los expertos económicos hacen pronósticos acerca del estado futuro de la economía y los empresarios –en respuesta a estos pronósticos públicamente anunciados– actúan en forma tal que los pronósticos no se cumplen. ¿Pero qué prueba todo esto? Sólo “que las creencias acerca de los asuntos humanos pueden generar algunos cambios cruciales en los hábitos del comportamiento humano que son los temas mismos de estas creencias” (p. 469). Ello no prueba que no podamos hacer pronósticos, ni siquiera que no podamos tomar en cuenta las formas en que los pronósticos pueden verse afectados por los sujetos conscientes de tales pronósticos. Los argumentos contra la ciencia social basados en las “profecías de cumplimiento automático” –los pronósticos que son falsos en el momento de su pronunciamiento pero resultan finalmente correctos a causa de las acciones derivadas de la creencia en ellos mismos– pueden derrotarse en la misma forma.

Nagel considera luego dos tipos de objeciones que han adquirido prominencia en las críticas recientemente formuladas contra las ciencias sociales. Más adelante exploraremos en mayor detalle cómo se han presentado y explicado tales críticas. Pero ahora resultará instructivo el examen de la forma en que Nagel las prevé y formula, y la forma en que trata de refutarlas.

Algunos sostienen que “resulta difícil, si no es que imposible, el logro de las explicaciones objetivamente garantizadas de los fenómenos sociales, porque tales fenómenos tienen un aspecto esencialmente ‘subjetivo’ o ‘impregnado de valor’” (p. 473). Aquí se objeta que no puede haber ninguna explicación adecuada de los fenómenos sociales si no se consideran las motivaciones, las disposiciones, las metas perseguidas y los valores. Pero estos aspectos de los fenómenos humanos no son susceptibles de una inspección sensorial: son esencialmente subjetivos. En consecuencia, un tipo de investigación que se limite a cuestiones públicamente observables, o a lo que sea “puramente conductista” –como lo hacen las ciencias naturales–, no puede ser adecuada para describir o explicar fenómenos humanos.

Nagel se concentra en tres interrogantes primordiales planteadas por este argumento y otros similares acerca del tema de las ciencias sociales:

- (1) ¿Son exclusivamente “subjetivas” las distinciones requeridas para la exploración de ese tema?
- (2) ¿Es inadecuada una explicación “conductista” de los fenómenos sociales?
- y (3) ¿Caen fuera del alcance de los cánones lógicos empleados en las propiedades “objetivas” las imputaciones de estados “subjetivos” a los agentes humanos? (p. 47-5).

La respuesta de Nagel a estos interrogantes –una vez que se aclaran los términos– es un enfático no. En primer lugar, aun cuando el comportamiento estudiado por los científicos sociales se orienta innegablemente hacia alguna meta consciente, no es indispensable que las ciencias sociales se restrinjan al estudio de los estados psicológicos, ya que deseamos conocer la forma en que los factores naturales tales como la escasez o disponibilidad de recursos, o el estudio objetivo de las leyes de la moderna química de los suelos, afectan el comportamiento social. La restricción de la investigación social que excluya la influencia de tales factores no subjetivos la derrotará automáticamente.

En segundo lugar, Nagel piensa que la acusación de conductismo se ha convertido en una trampa intelectual, y que los críticos hacen con frecuencia una caricatura cuando hablan del “conductismo”. Ha habido quienes defienden una versión filosófica del conductismo como una forma de materialismo resumido, sosteniendo que toda conducta se reducirá finalmente y se definirá explícitamente en términos de movimientos puramente físicos. Y hay algunos conductistas científicos que propugnan una “ciencia del

hombre” que se limita a conceptos definibles en términos del comportamiento humano explícito. Pero Nagel subraya que esto último es sólo un tipo de programa científico, y que sus objetivos “ciertamente no se han alcanzado, y quizá no se alcancen nunca” (p. 480). Pero tales versiones sustantivas y filosóficas del conductismo deben distinguirse cuidadosamente del conductismo como una “orientación metodológica” que insiste en que “el estudio controlado del comportamiento abierto es, sin embargo, el único procedimiento sensato para la obtención de un conocimiento confiable acerca del individuo y la acción social” (p. 480). Desde la perspectiva de tal conductismo metodológico liberal, podemos interpretar los informes introspectivos como respuestas observables que deben incluirse entre los datos objetivos estudiados, no como aseveraciones referentes a estados psíquicos privados. Además, podemos admitir incluso que existen los estados psíquicos privados sin dejar de insistir en que el único procedimiento para la obtención de un conocimiento científico confiable es el estudio del comportamiento abierto. Cuando se interpreta el conductismo como tal doctrina metodológica y se desembaraza de sus caricaturas, ya no hay razón para considerar inadecuada una explicación conductista de los fenómenos sociales.

Al contestar el tercero de los interrogantes planteados antes, Nagel considera la que es en su opinión la objeción de quienes afirman que el objetivo de las ciencias sociales es el entendimiento de los fenómenos sociales, y que esto involucra algunas categorías de la acción significativa para la comprensión de los estados “subjetivos” de los agentes humanos. Subrayo que es así como Nagel entiende la objeción porque, cuando examinemos el trabajo de Schutz en el capítulo III, veremos que este autor acusa a Nagel y a otros investigadores de entender mal la naturaleza del *Verstehen*. Nagel no niega que haya algunos estados subjetivos, psicológicos, imputables a los agentes humanos, ni que debamos entenderlos con frecuencia si queremos entender lo que están haciendo los agentes. Pero su tesis principal es que “los cánones lógicos de la evaluación de la información objetiva para la imputación de estados psicológicos que no parecen diferir esencialmente (aunque a menudo pueden aplicarse con menor rigor) de los cánones empleados para fines análogos por estudiosos responsables de otras áreas de la investigación” (página 984).

Cuando se ocupa del interrogante referente a los procedimientos necesarios para el entendimiento de los fenómenos subjetivos, Nagel reitera una distinción y una doctrina aceptada por casi todos los científicos sociales ortodoxos y por los filósofos que han defendido una interpretación naturalista de las ciencias sociales: la distinción clara entre el contexto del *descubrimiento* y el contexto de la *validación* de las pretensiones de conocimientos.

En suma, el hecho, de que el científico social, al revés de lo que ocurre con el estudioso de la naturaleza inanimada, pueda proyectarse mediante la imaginación simpática hacia los fenómenos que está tratando de entender, resulta pertinente para las cuestiones relativas a los orígenes de sus hipótesis explicativas, pero no para las cuestiones relativas a su validez. La capacidad del investigador para entrar en relaciones de simpatía con los actores humanos en algún proceso social puede ser importante en términos heurísticos en sus esfuerzos por *inventar* hipótesis adecuadas que expliquen el proceso. Pero su identificación simpática con tales individuos no constituye un *conocimiento* por sí mismo. El hecho de que logre tal identificación no anula la necesidad de una información objetiva, evaluada de acuerdo con principios lógicos comunes a todas las investigaciones controladas, para apoyar su imputación de estados subjetivos a tales agentes humanos (pp. 484-485).

El último conjunto de argumentos contra la posibilidad misma de la investigación objetiva en la ciencia social considerado por Nagel se refiere al llamado problema de hechos y valores. Esta cuestión ha figurado prominentemente en las críticas y ataques dirigidos en los últimos tiempos contra las ciencias sociales. Pero erramos cuando hablamos del problema de “hechos y valores”, pues el análisis demuestra que este título se aplica a diversas cuestiones diferentes y vagamente relacionadas. Muchos de quienes concentran sus ataques en este problema afirman que “la ‘neutralidad de valor’ que parece tan generalizada en las ciencias naturales es... a menudo imposible en la investigación social” (p. 485).

Nagel separa varios problemas particulares. Hay algunas interrogantes acerca de la selección de los problemas. Muchos críticos han señalado las influencias sociales ocultas, y no tan ocultas, en la selección de los problemas investigados por los científicos sociales. Estas influencias pueden fluctuar desde los tipos de investigación estimulados porque se dispone de fondos –de fuentes gubernamentales o de fundaciones privadas con intereses especiales– hasta los tipos de datos fácilmente disponibles como ocurre por ejemplo con las encuestas censales. Nagel no afirma que la investigación de la ciencia social –o cualquier investigación científica– ocurra en un vacío social. No dudo de que aplaudiría el nuevo campo de la sociología de la ciencia, que trata de estudiar y aislar las variables que afectan los problemas investigados por los científicos. Pero por importante o interesante que sea el descubrimiento de lo que influya en la selección de los problemas investigados –en las ciencias físicas tanto como en las ciencias sociales–, la

influencia social sobre la selección de problemas “no representa ningún obstáculo para la prosecución afortunada de la investigación objetivamente controlada en cualquier campo de estudio” (pp. 486-487). Podemos preguntar por qué un científico estudia lo que estudia, pero esto es lógicamente distinto de la evaluación de la validez de sus hipótesis y sus afirmaciones objetivas.

Además, se objeta a veces que los científicos sociales se ven afectados en forma implícita o explícita por “consideraciones de lo bueno y lo malo”. Gran parte de la investigación realizada en la ciencia social durante el último siglo ha sido motivada por un fuerte celo moral y reformista, así como por la motivación contraria: el temor o la sospecha del cambio social radical. “No puede disputarse seriamente que los científicos sociales imponen a menudo sus valores en sus análisis de los fenómenos sociales” (p. 488). ¿Qué prueba esto? Según Nagel, sólo prueba la falibilidad de los seres humanos y la facilidad con que pueden errar en sus pretensiones de conocimientos objetivos. Después de todo, “ha demorado siglos el desarrollo de hábitos y técnicas de investigación que ayuden a salvaguardar las investigaciones de las ciencias naturales contra la intrusión de factores personales inaplicables” (p. 488). El hecho de que los sesgos personales maten las conclusiones de los científicos sociales no debe sorprendernos. El problema lógico y metodológico importante consiste en saber si podremos en principio, mediante la investigación autocorrectiva, identificar estos sesgos aun cuando no seamos conscientes de su existencia inicialmente. Según Nagel, el mismo planteamiento del problema apunta hacia su solución, por lo menos como un obstáculo para la investigación objetiva. Porque “el problema sólo resulta inteligible bajo el supuesto de la existencia de una distinción relativamente clara entre los juicios fácticos y los de valor, y que por difícil que resulte en ocasiones saber si un enunciado dado tiene un contenido puramente fáctico, en principio puede lograrse” (p. 488).

Un argumento más “refinado” en el sentido de que las ciencias sociales no pueden separarse de los valores sostiene que la distinción entre hechos y valores que se supone es en sí misma insostenible. Una ciencia social éticamente neutral no es sólo difícil, sino imposible de lograr, porque el hecho y el valor están fundidos de tal modo en la descripción y la explicación de la acción humana que no pueden distinguirse.

Para responder a esta objeción, Nagel introduce una distinción entre dos tipos de juicio de valor que en su opinión se confunden con frecuencia. El primer tipo de juicio de valor es aquel que “expresa aprobación o reprobación de algún ideal moral (o social), o de alguna acción (o institución), a causa de un compromiso con tal ideal” (p. 492). El otro tipo de juicio de valor es aquel que “expresa una estimación del grado en que se incorpora en alguna instancia dada algún tipo de acción, objeto o institución comúnmente reconocido (lo definido más o menos claramente)” (p. 492).

Para ilustrar estos tipos tan diferentes, Nagel utiliza el ejemplo de la anemia tomado de la biología. Juzgamos que ciertos animales están anémicos. Y al formular tal juicio, un investigador está consciente de los factores pertinentes que deben tomarse en cuenta. Aunque el significado del término “anemia” puede quedar bien claro, no se define con precisión completa. Cuando un investigador juzga que un espécimen particular está anémico, puede afirmarse que está haciendo un juicio de valor porque debe juzgar si la información disponible amerita la conclusión: si este espécimen particular se desvía suficientemente del número normal de glóbulos rojos para ser llamado anémico. Pero este tipo de juicio de valor –que prevalece en la biología y las ciencias médicas y puede plantear muchas interrogantes técnicas difíciles– es esencialmente un “juicio de valor de caracterización”. Si queremos juzgar que la anemia es algo malo, o una condición indeseable, estaríamos formulando un “juicio de valor de apreciación”: un juicio que expresa aprobación o reprobación. Lo esencial es que se advierta la independencia lógica de estos dos tipos diferentes de “juicios de valor”.

Armado de estas distinciones, Nagel sostiene que puede aclarar la confusión de quienes consideran los juicios de valor tan profundamente incrustados en la investigación social, y tan profundamente fundidos con los enunciados descriptivos, que resulta imposible el desarrollo de una ciencia social neutral en términos valorativos. En la descripción y la explicación de los fenómenos sociales debemos usar con frecuencia algunos juicios de valor de caracterización. Decimos que diversas acciones son “mercenarias, crueles o engañosas” (p. 499), o en términos más neutrales aun clasificamos las acciones como “disfuncionales”. Además, sería absurdo negar que al describir las acciones, las instituciones o los agentes, con frecuencia estamos enunciando o implicando nuestra desaprobación o aprobación.

Sin embargo –y esto es lo más importante de la presente discusión–, no hay razones válidas para pensar que es intrínsecamente imposible *distinguir* entre los juicios de caracterización y de apreciación que están implícitos en muchos enunciados, ya provengan de estudiosos de los asuntos humanos o de los científicos naturales. En realidad, no siempre resulta fácil la presentación formalmente explícita de esta distinción en las ciencias sociales, lo que se debe en parte al hecho de que gran parte del lenguaje utilizado en ellas es muy vago, en parte a que tendemos a pasar por alto los juicios de apreciación que pueden estar implícitos en un enunciado,

cuando se trata de juicios con los que estamos en efecto comprometidos sin saberlo. Tampoco resulta siempre útil o conveniente la realización de esta tarea, porque muchos enunciados que contienen en forma implícita evaluaciones de caracterización y de apreciación son a veces suficientemente claros sin necesidad de una reformulación en la forma requerida por la tarea; y las reformulaciones serían con frecuencia demasiado embrolladas para una comunicación eficaz entre los miembros de un grupo de estudiantes numerosos y de preparación desigual. Pero éstos son esencialmente problemas prácticos antes que teóricos. Las dificultades que plantean no demuestran convincentemente que la ciencia social neutral en el sentido ético sea intrínsecamente imposible (pp. 494-495).

¿Qué haremos con la batería de argumentos presentados por Nagel contra las diversas afirmaciones de la imposibilidad intrínseca de una ciencia social que posea los mismos cánones lógicos y los mismos objetivos de las ciencias naturales? Sus argumentos representan un triunfo con reservas. Pero es importante que aclaremos en qué sentido tiene “reservas” su posición y en qué sentido es “un éxito”. Hay reservas porque si bien es cierto que Nagel derrota las objeciones tal como él las formula, no siempre aprecia todo el vigor de estas objeciones. Voy a aclarar esto: no pienso que haya otras objeciones no consideradas por Nagel, o variaciones de las objeciones por él consideradas, que prueben categóricamente la imposibilidad de la ciencia social. Cuando la cuestión se plantea en esta forma, Nagel gana. Pero cuando abandonamos la obsesión de elaborar y derribar argumentos de imposibilidad –como creo que debemos hacerlo–, las objeciones planteadas por críticos más refinados podrán contemplarse en una perspectiva muy diferente. En lugar de cuestionar la posibilidad lógica o conceptual de la ciencia social, podemos cuestionar los énfasis, las preocupaciones y los problemas presentes y prevaletentes. Las orientaciones intelectuales –incluida la de Nagel– apoyan cierto sentido de lo que son los problemas importantes, las líneas de investigación fructíferas, el planteamiento adecuado de los problemas. Los desafíos más importantes e interesantes de cualquier orientación dominante son aquellos que nos obligan a cuestionar los énfasis implícitos y explícitos que nos hacen advertir no sólo lo que está incluido en primer plano sino también lo que queda excluido o relegado a segundo plano como algo poco importante, ilegítimo o poco práctico.

Además, no debemos dejarnos engañar por la dicotomía fundamental que determina todo el contexto de la discusión de Nagel: la distinción existente entre los obstáculos teóricos y los obstáculos prácticos. Porque lo que entiende Nagel por “teórico” en este contexto es la imposibilidad lógica: los argumentos que tratan de demostrar la imposibilidad lógica o conceptual de la ciencia social. Todos los demás obstáculos se engloban bajo el rubro de lo práctico.

Nagel aclara bien este punto, pero muchos de quienes lo citan como autoridad son mucho menos claros. El éxito de Nagel es la demostración de que ninguno de los argumentos que reformula y examina puede negar la posibilidad del desarrollo científico de las disciplinas sociales. Irónicamente, sin embargo, cuando considera Nagel muchas de las objeciones demuestra en efecto que en la mayoría de los casos tienen algo de razón. Porque si bien es cierto que fallan como argumentos de imposibilidad, las objeciones revelan los complejos obstáculos encontrados: dificultades prácticas mucho más formidables de lo que creen muchos científicos sociales ortodoxos.

Pero debemos cuidarnos de no extraer conclusiones erradas del análisis de Nagel. Hay aquí un camino resbaloso en el que se han aventurado con demasiada facilidad muchos científicos sociales ortodoxos. No se han ofrecido buenas razones para demostrar la imposibilidad de la ciencia social: por lo tanto, es posible. Parecería que desde este punto se da un paso pequeño cuando se afirma que, ya que es posible, es también probable el logro de una ciencia social genuina si observamos con suficiente detenimiento y somos suficientemente ingeniosos para formular y verificar hipótesis, modelos y teorías explicativas. Entonces parece casi irresistible la creencia de que *debemos* adoptar una actitud científica adecuada para promover la madurez de las disciplinas sociales. No necesitamos citar a Hume, quien previno contra los peligros del paso sin fricción del discurso acerca de lo que es, o lo que es posible, a lo que debiera hacerse. Los propios científicos sociales ortodoxos nos previenen de continuo contra este peligro, aunque no siempre son conscientes de sus propias tendencias a sucumbir ante tal peligro.

La conclusión más adecuada para la estrategia deflacionaria de Nagel cuando ataca a los críticos de la calidad científica de las disciplinas sociales corresponde al propio Nagel: “Los problemas no se resuelven sólo con demostrar que no son necesariamente insolubles: y el estado actual de la investigación social indica claramente que algunas de las dificultades que hemos venido considerando son graves en verdad” (p. 503).

La interpretación naturalista: una descripción general

Al explorar la teoría empírica en las ciencias sociales y la interpretación de las disciplinas sociales como ciencias naturales, me he mantenido hasta ahora cerca de los pensamientos y las palabras de voceros

prominentes. Lo he hecho así deliberadamente por dos razones. Primero, como indiqué antes, quiero evitar la acusación de que estoy presentando una caricatura. No creo que la idea misma de la ciencia social pueda desecharse llamándola “positivismo”, “conductismo” o “empirismo ingenuo”. Segundo, sólo si presentamos el asunto en su forma más juiciosa y responsable podremos distinguir las críticas superficiales de las críticas profundas. Pero ahora podemos ver surgir una imagen general, una imagen que puede hacer justicia a los supuestos y los principios básicos comunes, así como a las áreas de desacuerdo interno. Es una imagen con consecuencias importantes para un gran conjunto de cuestiones, incluida la historia de la teoría social y política, los objetivos esenciales de la investigación social, el tipo de educación adecuada para los científicos sociales, el papel del teórico, la relación existente entre la teoría y la acción, la relación entre hechos y valores.

En el fondo de esta interpretación naturalista se encuentra la convicción de que el objetivo de las ciencias sociales es el mismo que el de las ciencias naturales. La recolección y el refinamiento de los datos, el descubrimiento de correlaciones, y la formulación de generalizaciones empíricas verificables, hipótesis y modelos, son actividades que desempeñan papeles importantes, pero no bastan para establecer las disciplinas sociales como ciencias maduras. También deben surgir teorías verificables y bien confirmadas que expliquen los fenómenos demostrando cómo pueden derivarse en formas no triviales de nuestros supuestos teóricos. En el fondo de la explicación científica debe haber el descubrimiento y la utilización de leyes o enunciados nomológicos.

Hay quienes piensan que nuestra ignorancia actual es tan vasta que es preferible una concentración en la tarea del refinamiento de técnicas para la recolección de los datos y la formulación de generalizaciones empíricas de bajo nivel acerca de variables independientes y dependientes. Hay quienes piensan que tal actividad es ciega y carente de dirección si no está guiada por la búsqueda de teorías generales. Hay quienes recomiendan la ambición más modesta de la elaboración de teorías de alcance intermedio. Hay disputas acerca de los tipos de enunciados semejantes a leyes que figurarán en la explicación de los fenómenos sociales; por ejemplo, si hay leyes sociológicas genuinas, o si las únicas leyes adecuadas para las explicaciones teóricas son leyes psicológicas aplicables a los individuos. Y desde luego hay disputas acerca de las orientaciones teóricas que resulten más prometedoras y se aproximen más a los criterios lógicos y metodológicos de la teoría propiamente dicha. Pero todos estos desacuerdos y disputas ocurren dentro del marco general que hemos aislado: en efecto, “tienen sentido” dentro de este marco.

Este marco estimula una actitud específica hacia la historia de las ciencias sociales y sobre todo hacia la historia de la teoría social y política. Esta actitud traza una distinción básica entre la historia de la teoría y la teoría sistemática. Ya sea que consideremos antiguas o relativamente nuevas a las disciplinas sociales, y ya sea que admiremos o desdeñemos a los grandes teóricos del pasado, nuestro interés primordial por las teorías del pasado –en la medida en que nos interese la teoría sistemática– será la búsqueda en ellas de claves, conjeturas y sugerencias que puedan ayudarnos a elaborar la teoría empírica. Desde un punto de vista científico, la medida de las teorías del pasado es y debe ser el estado actual de la teoría sistemática.

Tal actitud tiene consecuencias enormes para la educación de los científicos sociales. Y sería difícil subestimar la transformación de los programas de enseñanza y las actitudes que ha omitido durante los últimos cincuenta años, sobre todo en las universidades norteamericanas. Cualquiera que sea el valor del estudio de la historia de una disciplina y de los clásicos del pasado en el campo, no se considera eso el principal contenido intelectual en el adiestramiento de los científicos sociales. Como ocurre en el caso de las ciencias físicas avanzadas, debe enseñarse a los estudiantes las técnicas de investigación cuantitativas y empíricas más recientes; deben plantearse los problemas de las fronteras de la investigación empírica; deben dominar las mejores teorías actuales, y deben ser estimulados para que desarrollen la imaginación creativa necesaria para el descubrimiento de nuevas y mejores teorías.

Se piensa que el teórico y el investigador empírico deben cultivar una actitud desinteresada cuando investiguen los fenómenos sociales y políticos. Como ciudadano privado, o como experto que asume responsabilidades públicas, el teórico puede aplicar su conocimiento tentativo a los problemas vitales de su tiempo. Pero como teórico debe esforzarse por ser objetivo y neutral. Puesto que sabemos cuán fácilmente permitimos que nuestros sesgos distorsionen la descripción y explicación de los fenómenos sociales, el teórico debe estar siempre dispuesto a someter sus enunciados hipotéticos a la discusión y la verificación públicas, y debe abandonar todas las tesis que sean refutadas de acuerdo con los cánones de la investigación científica. Su trabajo como teórico consiste en interpretar el mundo, no en cambiarlo: lo interpreta ofreciendo y sometiendo a prueba explicaciones teóricas. El teórico sabe, o por lo menos cree, que si estamos seriamente interesados en “cambiar el mundo” podremos lograrlo mejor mediante el conocimiento científico, sobre todo el conocimiento de las consecuencias probables de diferentes cursos de acción.

Por lo tanto, el teórico adopta una distinción categórica entre la teoría la práctica o la acción. Cualesquiera que sean los sentidos de la “acción apropiados para el entendimiento de la investigación científica –por ejemplo, la experimentación controlada–, deben distinguirse claramente de las normas de la actividad en las que apliquemos conscientemente nuestro conocimiento teórico a la solución de los problemas prácticos de la sociedad.

Por último, un defensor refinado de la ciencia social ortodoxa puede admitir que hay muchos sentidos en que son importantes los valores y las normas para la investigación de la ciencia social. Podemos estudiar científicamente los valores y las normas. Podemos tratar de localizar las variables que refuerzan ciertos valores o estimulan la declinación de las normas. Podemos admitir, y aun estudiar, las formas en que los valores afectan la selección de problemas en la investigación social. Podemos ser sensibles al papel de los valores en la evaluación de la información. Aun podemos aceptar que la investigación de la ciencia social no puede llegar muy lejos sin hacer uso de los juicios de valor “de caracterización”, y que debemos ser extremadamente cautos en la formulación de tales juicios. Podemos reconocer que los científicos sociales han fundido y confundido los juicios de valor de caracterización con los juicios que expresan aprobación o reprobación de un modo implícito o explícito. Pero ninguna de estas admisiones reduce o compromete el sentido básico en que hay una distinción categórica entre hechos y valores. La tarea del científico social consiste en describir y explicar los fenómenos sociales con la mayor fidelidad posible. En este sentido amplio, su tarea es la descripción y la explicación de los hechos. Su tarea no consiste en la formulación de enunciados prescriptivos acerca de lo que debe hacerse, ni en defender una posición normativa.

Esta última observación trae al primer plano una distinción que hasta ahora hemos explorado sólo en una forma oblicua: la distinción existente entre la teoría empírica y la teoría normativa. He seguido la práctica de los científicos sociales ortodoxos al hablar de la teoría empírica o la teoría explicativa como equivalentes aproximados, pero la significación retórica de la expresión “teoría empírica” la distingue claramente de la “teoría normativa”. Hay un consenso mucho menor entre los científicos sociales ortodoxos acerca de la naturaleza de la teoría normativa que acerca de la teoría empírica o explicativa propiamente dicha. Pero hay un acuerdo esencial acerca de que sea lo que sea, o como quiera que se describa, la teoría normativa no debe confundirse con la teoría empírica. Para completar nuestra imagen de la ciencia social ortodoxa, necesitamos afrontar los problemas prominentes involucrados en la distinción de la teoría empírica frente a la teoría normativa.

Los problemas de la teoría normativa

Al explorar la influencia positivista de la ciencia social ortodoxa hemos detectado una actitud ambivalente hacia la teoría normativa. Por una parte, se insiste en una distinción categórica entre la teoría empírica y la teoría normativa, pero por otra parte hay un escepticismo generalizado acerca de la posibilidad misma de una teoría normativa. Veamos lo que dijo al respecto David Easton en 1953:

Este supuesto, adoptado generalmente en las ciencias sociales de la actualidad, sostiene que los valores pueden reducirse en última instancia a respuestas emocionales condicionadas por las experiencias de toda la vida del individuo. En esta interpretación, aunque en la práctica ninguna proposición necesita expresar un hecho puro o un valor puro, los hechos y los valores son lógicamente heterogéneos. El aspecto fáctico de una proposición se refiere a una parte de la realidad; por lo tanto, puede verificarse por referencia a los hechos. En esta forma podemos poner a prueba su verdad. En cambio, el aspecto moral de una proposición expresa sólo la respuesta emocional de un individuo ante un estado de hechos reales o supuestos. Indica la medida en que un individuo desde que exista un estado de cosas particular. Aunque podemos decir que el aspecto de una proposición referente a un hecho puede ser verdadero o falso, carece de sentido describir en esta forma el aspecto de valor de una proposición.²⁸

Si trazamos las implicaciones de este pasaje, podremos entender por qué se mina la teoría normativa: no hay ni puede haber ninguna disciplina racional de tal clase. El aspecto fáctico de una proposición se refiere a una parte de la realidad. Como tal, puede ser verdadero o falso. Pero el aspecto de valor de una proposición *no* se refiere a ningún hecho. En términos estrictos no hay hechos morales, excepto en el sentido irónico de que hay hechos *acerca* de los valores. Podemos estar interesados en lo que desean los individuos, o en las variables que influyen sobre estos deseos, pero tales cuestiones son empíricas fácticas, no normativas. Al afirmar “proposiciones morales” estamos formulando enunciados fácticos disfrazados –que pueden ser asimilados por la ciencia– o expresando sólo nuestras respuestas emocionales ante un estado de

²⁸ David Easton, *The Political System*, p. 221.

hechos reales o supuestos. Pero si aceptamos todas estas aseveraciones y sus implicaciones, se sigue que no hay ninguna disciplina racional que podamos llamar teoría normativa.

Sugerí antes que, a pesar de la aseveración de Easton en el sentido de que este supuesto se adopta generalmente en las ciencias sociales, la mayoría de los científicos sociales ortodoxos no han querido –o no han querido con suficiente consistencia– llegar hasta aquí y descartar la mera posibilidad de la teoría normativa.

Max Weber fue el pensador que se enredó más seriamente con los problemas involucrados. Su posición básica constituye todavía la base de la discusión de la posición de la teoría normativa y de lo que puede y no puede lograr la ciencia social. Debemos tener cuidado al explorar la influencia de Weber, porque el Weber que se cita como una autoridad en la construcción de los cimientos de una concepción de la ciencia social como *Wertfrei* es un Weber domesticado. Pocos científicos sociales han apreciado los temas nietzscheanos en sus reflexiones y las formas complejas en que regresó Weber, directa e indirectamente, a los problemas una y otra vez. A medida que se le aclaraban los límites de la ciencia social, se preocupaba más y más por sus consecuencias morales y sociales, específicamente por sus consecuencias en lo tocante a la elección individual.²⁹

Los contornos básicos del pensamiento de Weber fueron configurados por temas kantianos y neokantianos, en particular por la distinción kantiana entre el “ser” y el “deber ser”, la dicotomía existente entre el discurso científico acerca de los fenómenos y el discurso moral basado en la razón práctica pura. Kant subrayó esta distinción para justificar la autonomía, la objetividad y la universalidad del juicio moral. Kant no tenía dudas acerca de la posibilidad de la justificación racional del imperativo categórico. Pero una de las tensiones del pensamiento del siglo XIX era un escepticismo creciente, acerca de la autonomía y la objetividad del juicio moral y su fundamento presumiblemente racional. Ningún crítico iguala a Nietzsche en la profundidad y perspicacia de la exploración de la mitad moral o normativa de la dicotomía kantiana. Weber, como filósofo y como científico social, aceptaba el absolutismo lógico de la dicotomía kantiana y sentía toda la potencia de la crítica de Nietzsche al juicio moral. Insistía Weber en la “heterogeneidad absoluta” de los hechos y los valores, y reconocía que la ciencia, incluidas las ciencias sociales, sólo puede ocuparse del lado fáctico de la dicotomía. Planteó el problema en forma dramática e incisiva cuando consideró este interrogante: ¿Cuál es el significado de la ciencia?

Tolstoi ha dado la respuesta más simple con estas palabras: “La ciencia carece de sentido porque no responde a nuestro interrogante, el único interrogante importante para nosotros: ‘¿Qué haremos y cómo viviremos?’”. Es indiscutible que la ciencia no nos da una respuesta a esto. La única duda que subsiste es el sentido en que la ciencia no da “ninguna” respuesta, y si la ciencia podría tener todavía algún valor para quien plantee el interrogante correctamente.³⁰

Sin embargo, Weber no era un positivista, y ciertamente no propugnaba una teoría emotiva del discurso normativo. Creía que, una vez aclarados los fundamentos, podrá advertirse que la ciencia es importante para el discurso normativo, y aunque puede haber una discusión racional de las posiciones de valor básicas. Tal discusión se limita esencialmente a tres funciones:

- (1) “La elaboración y explicación de los axiomas de valor finales, internamente ‘consistentes’, de donde derivan las actitudes divergentes”.³¹ Este tipo de análisis no utiliza directamente las técnicas empíricas ni produce conocimiento de hechos nuevos. Pero es importante en la medida en que puede volvernos conscientes de diferentes tipos de axiomas de valor y de la consistencia de un conjunto específico de enunciados de valor.

²⁹ Véase un examen de las diferencias existentes entre las concepciones de Weber y la interpretación de tales concepciones por parte de los científicos sociales ortodoxos en Alvin W. Gouldner. “Anti-minotaur: The Myth of Value-Free Sociology”, *For Sociology*; y la Introducción que escribe Dennis Wrong para Max Weber, comp. Dennis Wrong (Makers of Modern Social Science). Una de las mejores discusiones de las complejidades de las reflexiones de Weber sobre los problemas del valor es la de W. G. Runciman, *A Critique of Max Weber’s Philosophy of Social Science* [hay ed. esp. FCE, 1976]. Se encuentra una crítica aguda de Weber en los escritos de Levi Strauss. Véase su discusión de Weber “Natural Right and the Distinction Between Fact and Values”, *Natural Right and History*, donde escribe Strauss: “Sostengo que la tesis de Weber conduce necesariamente al nihilismo, o a la concepción de que cualquier preferencia, por malvada, ruin o insana que sea, debe juzgarse ante el tribunal de la razón tan legítima como cualquier otra preferencia” (p. 42).

³⁰ Max Weber, “Science as a Vocation”, *From Max Weber: Essays in Sociology*, comp. H. H. Gerth y C. Wright Mills, p. 143.

³¹ Max Weber, “The Meaning of Ethical Neutrality”, *The Methodology of the Social Sciences*, traducción del alemán y compilación de Edward Shils y Henry A. Finch, p. 20.

- (2)“La deducción de ‘implicaciones’ (para quienes aceptan ciertos juicio de valor) que se sigue de ciertos axiomas de valor irreductibles, cuando la evaluación práctica de situaciones fácticas se basa sólo en estos axiomas”. Para hacer esto bien se requiere un análisis y una articulación cuidadosos de los axiomas de valor, y un entendimiento de sus implicaciones lógicas. Se requieren también “observaciones empíricas para los análisis casuistas más completos posibles de todas las situaciones empíricas que son en principio susceptibles de una evaluación práctica”.³²
- (3)“La determinación de las consecuencias fácticas que debe tener la realización de cierta evaluación práctica (1) por encontrarse ligada a ciertos medios indispensables, (2) por la inevitabilidad de ciertas repercusiones no deseadas directamente”.³³

Esta última es el área más importante en que la investigación social empírica puede influir sobre nuestros valores. Podemos descubrir que no hemos meditado sobre las consecuencias empíricas de nuestras elecciones y acciones, o que ignoramos sus repercusiones probables, o que cuando advertimos algunas de las consecuencias probables y no buscadas de los cursos de acción propuestos, estos descubrimientos puedan inducirnos a revisar nuestras evaluaciones prácticas. Un entendimiento más detallado de las consecuencias probables de diversos cursos de acción puede llevarnos a abandonar o modificar los axiomas de valor existentes, o a adoptar otros nuevos. Por ejemplo, podemos dejar de estar a favor del reciclaje de las fuentes energéticas si descubrimos que la cantidad de energía requerida por el reciclaje es mayor que la que se produciría con tales medios.

Debe ser obvio que ninguna de estas tres funciones de la discusión racional de los axiomas de valor y los juicios de valor reduce la brecha que media entre el hecho y el valor, o atenúa la carga de la elección echada sobre nosotros. En efecto, Weber quiere agudizar nuestras percepciones de las consecuencias de la elección humana. El científico social como maestro puede decirnos: “Si asumes tal postura o tal otra, de acuerdo con la experiencia científica tendrás que usar tal *medio* o tal otro para llevar a la práctica tu convicción. Ahora bien, estos medios son quizá tales que tú crees que debes rechazarlos. Entonces deberías escoger entre el fin y el medio inevitable. ¿‘Justifica’ el fin los medios? ¿O no los justifica? El maestro puede confrontarnos con la necesidad de esta elección. No puede hacer más, si desea permanecer como un maestro y no convertirse en un demagogo”.³⁴ Si somos absolutamente consistentes con la posición propugnada por Weber, aun las tres funciones de la discusión de los valores se basan en una aceptación *a priori* de ciertos valores que en sí mismos no pueden justificarse racionalmente. Sólo si aceptamos el valor de ser consistente, de estar responsablemente consciente de lo que se sigue de los axiomas de valor que sustentamos, y de basar nuestras decisiones y elecciones en un entendimiento empírico informado de sus consecuencias probables, influirán tales análisis racionalmente sobre nuestras elecciones. Pero de acuerdo con Weber resulta absolutamente inútil creer que podemos justificar tales valores básicos; sólo podemos optar por aceptarlos.

Con su agudeza característica, Weber percibió a dónde lo conducían sus argumentos, pero no retrocedió ante su conclusión. Temía las consecuencias sociales de la creciente “racionalización” de la vida social, con su inevitable desencanto del mundo. Pocos científicos ortodoxos, incluidos quienes se creen seguidores de Weber, han llevado sus investigaciones tan lejos como él lo hizo. La mayoría se han conformado con detenerse en un punto intermedio inestable. Han supuesto que los hombres “ilustrados” comparten los mismos valores básicos, y que la tarea importante consiste en obtener un entendimiento empírico más pleno de las consecuencias de los cursos de acción posibles, así como los medios empíricos necesarios para promover los valores defendidos por los hombres ilustrados. Con este cambio de énfasis eluden el abismo descubierto por Nietzsche y examinado por Weber: que no puede haber fundamentos racionales finales para nuestros valores básicos.

Muchas de las actitudes contemporáneas prevalecientes acerca de la normativa, y acerca de la relación existente entre la ciencia empírica y la teoría normativa, son una serie de notas de pie de página a las observaciones de Weber, quien provee también una justificación para quienes afirman que las ciencias sociales pueden tener consecuencias prácticas cuando se conciben como ciencias políticas, o cuando se cree que las ciencias políticas constituyen una subdivisión importante de las ciencias sociales. Podemos estudiar empíricamente las consecuencias probables de diversos cursos de acción propuestos. Las ciencias políticas pueden “llenar” imperativos hipotéticos. Asumirán la forma lógica de una demostración de que, si escogemos, deseamos, o valorizamos *x*, segura o probablemente resultará *y*. No podemos esperar que nos volveremos muy refinados acerca de las consecuencias empíricas probables, sobre todo en las situaciones complejas de las sociedades industriales modernas, a menos que prosigamos nuestras investigaciones

³² *Ibid.*, p. 21.

³³ *Ibid.*

³⁴ Max Weber, “Science as a Vocation”, p. 151.

científicas tan lejos como podamos. Por ejemplo, es ingenuo propugnar el empleo pleno si no estamos conscientes de que, bajo ciertas circunstancias empíricas, tal empleo pleno puede generar una inflación desbocada que a su vez puede conducir a un desempleo grave. Toda persona racional modificaría sin duda su opinión acerca del valor del empleo pleno en cuanto se informase mejor acerca de sus probables consecuencias empíricas.

El carácter hipotético de la información obtenida de las ciencias sociales que se presta a una aplicación técnica ha sido la base de quienes propugnan la “ingeniería social”. Aunque muchos sienten aversión por la expresión “ingeniería social” a causa del espectro que levanta de una manipulación consciente por parte de los tecnócratas, se comparte ampliamente la idea central de la aplicación del conocimiento obtenido en la investigación de la ciencia social a los problemas prácticos. Karl Popper hizo una presentación y una defensa clásicas del enfoque de la ingeniería social en *The Poverty of Historicism*. Popper contrasta la “ingeniería social gradual” con lo que es en su opinión la noción errada de la ingeniería social utópica o total. El ingeniero social gradual “debe diseñar instituciones sociales, y reconstruir y administrar las que ya existen” (p. 64).³⁵ Al revés de lo que ocurre con el pensador utópico o totalizador, el ingeniero social gradual sabe lo poco que sabe y que aprendemos de nuestros errores. “En consecuencia, recorrerá su camino paso a paso, comparando con cuidado los resultados esperados con los resultados alcanzados, y siempre estará alerta a las consecuencias inevitables no deseadas de toda reforma; y no emprenderá reformas cuya complejidad y alcance le imposibiliten la aclaración de las causas y los efectos, y el conocimiento de lo que realmente está haciendo” (p. 67).

Para Popper, ni la tecnología, ni la ingeniería, ni la ciencia misma bastan para determinar y garantizar los fines que se alcanzarán o aproximarán mediante nuestros pasos cautelosos de reforma social. Acepta que “la ingeniería social pública o política puede tener las tendencias más diversas, totalitarias tanto como liberales” (p. 66). La tarea de la aplicación de la solución final al problema judío por parte de los nazis fue una tarea de “ingeniería” que involucraba muchas cuestiones técnicas acerca de los medios más eficaces para atrapar a los judíos, transportarlos a los campos de concentración, y asesinarlos. Desde un punto de vista lógico, el conocimiento técnico requerido para realizar con eficiencia estas tareas (al mismo tiempo que se libra una guerra) es del mismo tipo que se necesita para diseñar y controlar instituciones destinadas a promover el alto empleo en una economía de tiempos de paz. La ingeniería social gradual es neutral en cuanto a los fines que se persigan. Popper cree que puede haber una discusión crítica racional de los fines, pero hay graves dificultades en su defensa de esta pretensión fundamental.

En 1969, en una época en que la idea de la ingeniería social estaba siendo vehementemente atacada desde diversos puntos de vista, Philip M. Hauser reiteró y defendió este ideal.³⁶ Hauser parece pensar que el enfoque de la ingeniería social es enteramente nuevo, y que es el único enfoque adecuado para la solución de los problemas sociales contemporáneos. Describe Hauser el papel del científico social como científico, cuya tarea primordial consiste en generar conocimientos mediante su recolección, procesamiento y análisis de datos. Este conocimiento puede servir luego como la base para la formación de una política social por parte del ingeniero social, quien está interesado en la “contabilidad social”: “un sistema de control de la información que sirve a las necesidades de los administradores de un organismo o un programa” (p. 15). Este enfoque nuevo está “más allá de la ingenuidad de las formas tradicionales del liberalismo y el conservadurismo” (p. 14). Éste es el único enfoque que puede afrontar seriamente nuestros problemas sociales contemporáneos. Casi de pasada, nos dice Hauser que

La contabilidad social sólo será posible después de que se logre un consenso sobre las metas sociales. El desarrollo de metas sociales no es una función científica ni una función de ingeniería social. Es una función que debe realizarse por el conjunto de la sociedad, actuando a través de sus líderes políticos y de otra clase. En una sociedad democrática, refleja presumiblemente los deseos de la mayoría de la población (p. 15).

Pero Hauser subraya el papel que pueden desempeñar en tal formación de metas el científico social y el ingeniero social. Ellos son los expertos que “deben trabajar en estrecho contacto con los líderes políticos y de otra clase para ayudar a desarrollar una amplia gama de elecciones, las que reflejarán, en la medida de lo posible, los requerimientos y las consecuencias de metas específicas” (p. 15). Hauser elude los problemas realmente difíciles y permanentes que se encuentran en la base de la ingeniería social. La posibilidad misma

³⁵ Karl R. Popper, *The Poverty of Historicism*. A menos que se diga otra cosa, todas las referencias a las páginas de Popper corresponden a este volumen.

³⁶ Philip M. Hauser, “The Chaotic Society: Product of the Social Morphological Revolution”, *American Sociological Review*, 34 (febrero de 1969). A menos que se diga otra cosa, todas las referencias a las páginas de Hauser corresponden a este artículo.

de la ingeniería social depende de una especificación de las metas sociales que quieren alcanzarse. No es muy iluminante, por lo menos, la aseveración de que “esto debe realizarlo el conjunto de la sociedad”. ¿Cómo? ¿Por quién? ¿Qué razón tenemos para suponer que haya algunas metas compartidas por una sociedad “en conjunto”? ¿Cómo decidiremos –ya sea como ciudadanos, administradores o ingenieros sociales– cuáles metas deben alcanzarse? Hauser oscurece los problemas normativos centrales que deben confrontarse honestamente para que el enfoque de la ingeniería social tenga alguna plausibilidad en absoluto y no se utilice como un instrumento de la dominación y la represión sociales.

Conclusión: un creciente sentimiento de crisis

Con esta reseña de las diversas actitudes hacia la teoría normativa he completado la imagen generalizada que tienen de su propia disciplina los científicos sociales ortodoxos. Está involucrado mucho más que un entendimiento de la naturaleza y la importancia de la teoría explicativa empírica. El papel central asignado a tal teoría refleja una orientación intelectual *total*. Esta orientación nos presenta un ideal de lo que constituye el conocimiento teórico de los fenómenos sociales y políticos, y de la forma en que debemos avanzar para aproximarnos a ese ideal. Es una orientación que matiza nuestro entendimiento de la historia de estas disciplinas y de las direcciones que podemos esperar razonablemente en el futuro. Refleja un entendimiento particular de la diferencia categórica existente entre la teoría y la acción cuando se contempla la acción como la aplicación técnica de lo que aprendemos de la teoría. Tiene consecuencias normativas para el adiestramiento de los científicos sociales y la actitud desinteresada que el teórico debe adoptar. Llamo “ortodoxa” a esta posición porque, a pesar de numerosos desacuerdos internos, ha sido y sigue siendo compartida por el grupo dominante de los científicos sociales profesionales.

Puede añadirse un elemento más como remate de esta presentación. En términos históricos no podemos subestimar el papel desempeñado por la Ilustración en la configuración y el ímpetu del desarrollo de las ciencias sociales. Se ha acariciado desde hace mucho tiempo el ideal de que el adelanto de la ciencia, y del conocimiento científico de los fenómenos sociales y políticos, debe hacernos progresar hacia los ideales y las metas sociales aceptados por los seres humanos razonables. Hemos aprendido que la obtención y utilización de tal conocimiento resulta mucho más difícil que lo esperado por algunos de nuestros antecesores de la Ilustración, pero esta meta –este ideal regulador– es todavía perseguida por los científicos sociales.

En efecto, muchos se preguntarán si hay alguna alternativa razonable. Pero a pesar de toda la atracción, el poder y la sensatez representados por esta orientación, hay en su interior algunos problemas y conflictos graves. Ya he señalado la tremenda disparidad existente entre la insistencia en lo que es la teoría y la incapacidad para alcanzarlo efectivamente. Podría escribirse la historia de gran parte de la ciencia social durante los últimos siglos en términos de las declaraciones de que tal ciencia se ha convertido, o está a punto de convertirse, en una empresa genuinamente científica. Muchas de las disculpas tradicionales por el estado primitivo de la sociología y la politología, en comparación con los criterios sostenidos por los científicos sociales ortodoxos, parecen débiles y, al mismo tiempo, poco convincentes.

Además, a pesar de la modestia oficial acerca del estado de las ciencias sociales, se observa con frecuencia una arrogancia peligrosa. Hauser es un ejemplo típico cuando reconoce que “en términos estrictos” la ingeniería social depende de una especificación de las metas sociales que quieran alcanzarse, pero inmediatamente agrega que “el científico social y el ingeniero social se encuentran en una posición estratégica para participar en la formación de metas” (p. 15), trabajando en íntimo contacto con los líderes políticos y de otra índole en el desarrollo de una amplia gama de elecciones. Los juicios normativos del propio Hauser quedan claramente en evidencia cuando tiene la temeridad de declarar:

Creo que si esta nación hubiese tenido un Consejo de Asesores Sociales desde 1947, al lado del Consejo de Asesores Económicos, y si el Ejecutivo y el Congreso hubiesen atendido las recomendaciones de tal Congreso, la “crisis urbana” que tanto nos afecta no habría alcanzado sus graves proporciones actuales (p. 15).

Como veremos en el capítulo II, la forma en que Hauser transmite con tanta facilidad sus “juicios de valor de apreciación”, mientras se supone que realiza un análisis objetivo y neutral de la ciencia social y la ingeniería social, representa sólo la punta del *iceberg*. A pesar de todo lo que se dice sobre la objetividad y la neutralidad valorativa, la literatura de la ciencia social y la llamada teoría empírica rebosan en juicios de valor explícitos e implícitos, y en afirmaciones normativas e ideológicas controvertibles.

Pero hay en la orientación presentada otros aspectos más profundamente perturbadores. Se supone que el conocimiento, y en particular el conocimiento empírico detallado del funcionamiento real de la

sociedad y la política, provee la base de la acción ilustrada y la reforma social. Pero cuando nos concentramos en la dialéctica de los fundamentos epistemológicos de la ciencia social ortodoxa, detectamos las poderosas tendencias que minan este mismo ideal de Ilustración. Cuando se ponen al descubierto tales tendencias, no sólo surge un escepticismo enorme acerca de la posibilidad de la teoría normativa como una disciplina racional, sino también la sugerencia constante de que los “valores” son, en última instancia, apenas respuestas emocionales, subjetivas e irracionales. Se nos asegura una y otra vez que la formación de políticas, la aplicación del conocimiento científico, y la actividad de la ingeniería social, dependen de una especificación de las metas. Pero se nos da una información nula o escasa acerca de la forma en que debieran establecerse tales metas. Si no encaramos francamente estos problemas, resulta obvio que las técnicas del control y la manipulación podrán usarse igualmente para los fines más malvados o inconvenientes.

Además, a pesar de toda la insistencia que se hace en el científico social como observador desinteresado, algo se ha perdido o suprimido de la tradición de la *theoria* de la que surgió la teoría de la ciencia social. Se suponía que una de las funciones clásicas de la teoría era su eficacia práctica: su capacidad para ayudarnos a distinguir la apariencia de la realidad, lo falso de lo verdadero, y para proveer una orientación de la actividad práctica. Anticipando una observación hecha incisivamente por Habermas, diremos que lo que se suponía una función primordial del *bios theoretikos* ha quedado descartada ahora por “prohibiciones metodológicas”.³⁷

Los científicos sociales ortodoxos negarían que han abandonado esta función de la teoría. Sostienen que sólo ahora, por primera vez en la historia. Podemos distinguir los aspectos más manifiestos y superficiales de la sociedad y la política de la forma en que “realmente” son; sólo ahora estamos alcanzando un conocimiento empírico sólido, en lugar de la opinión y la especulación. Pero aun si se concede tan dudosa pretensión, las consecuencias prácticas de esta acumulación de conocimiento empírico no están nada claras. Está aumentando la brecha que separa a este conocimiento de su utilización para la creación de una sociedad buena y justa. No hemos cerrado la brecha que media entre la teoría y la práctica, sino creado un vacío intelectual y práctico. En lugar de la utilización del conocimiento por parte de los reformadores sociales y políticos, encontramos su uso por quienquiera que tenga el poder para hacerlo. Y a pesar de toda la preocupación por la calidad científica de las disciplinas sociales y políticas, se elude o descarta la idea misma del teórico como crítico de la sociedad y la política por “prohibiciones metodológicas”.

Esta situación, de consecuencias potencialmente ominosas, ha generado un creciente sentimiento de crisis, de protesta, y una necesidad desesperada de revisar los fundamentos mismos del entendimiento ortodoxo de la investigación social y política. En el resto de este estudio exploraré los esfuerzos más serios que se han hecho para revisar y reestructurar la investigación social y política.

³⁷ Jürgen Habermas, *Knowledge and Human Interests*, p. 304. Véase mi discusión de este punto en el capítulo IV, pp. 220 ss.